

Calisto, entre amor hereos y una terapia falaz

Marcelino V. AMASUNO SÁRRAGA

A Luis García Ballester,
ya demasiado tarde

RESUMEN

Este artículo se centra sobre el debate sostenido entre Calisto y su criado Sempronio en la escena segunda del Auto primero de *La Celestina*. Enfocado este tramo textual desde una perspectiva fisiátrica, resulta ser una parodia del concepto de *medicus graciosus*, tan caro al paradigma curativo hipocrático-galénico imperante en la Baja Edad Media y encarnado por Sempronio. Rojas, al poner en el banquillo de los acusados los presupuestos epistemológicos en que se basa dicho paradigma, denuncia festivamente la ineficacia de la medicina académica de su tiempo. Y ello lo realiza tomando como eje ideológico la adulteración de otro concepto, el del *amor hereos* y la conducta de su malversador, Calisto. A lo largo de este artículo se hace referencia a las más importantes *auctoritates* de la ciencia médica medieval, como Hipócrates, Galeno, Aetius de Amida, Avicena, Arnau de Vilanova, Bernard de Gordon y el contemporáneo de Rojas, Francisco López de Villalobos, entre otro autores.

Palabras clave: *La Celestina*, Calisto y Sempronio, *Amor hereos*, terapéutica amorosa, logoterapia.

ABSTRACT

From a medical perspective, the debate between Calisto and Sempronio (*Celestina*, Act I, scene 2) reflects a crude, unsympathetic view of the kind of academic medicine practiced by university-educated physicians during the late Middle Ages. Thus, if Sempronio represents the parodic incarnation of the highly respected figure of the *medicus graciosus*, his master, Calisto, is a pathetic personification of the noble afflicted by *amor hereos*. In fact, Rojas succeeds in showing his readers how ridiculously ineffective certain therapeutic remedies are in the treatment of such a malady. To justify the conclusions drawn, the writings of different medical authorities (classical, Arabic and Christian) are referred to.

Key Words: Regimen sanitatis, concupiscentia, reprobatio amoris, *medicus graciosus*.

En la *Carta del autor a un su amigo*, afirma el que escribe, dirigiéndose a su destinatario, cuya juventud se vio tocada —parece ser que cruelmente— por el amor, que tal vez ello fue debido a su falta de previsión «para resistir sus fuegos». Transcurrido un lapso de tiempo imposible de precisar, nuestro autor, consciente de que su amigo le ha de leer desde la tranquilidad que siempre depara la ya lograda curación —libertad bajo fianza—, le ofrenda la obra que acaba de finalizar. Es obvio que el que redacta esta carta la concibe como una especie de anticipo introductorio a un texto donde cualquier avisado oyente o lector, *inter alia*, ha de encontrar «avisos y consejos contra lisongeros y malos sirvientes y falsas mugeres hechizeras». Nadie puede poner en duda, a estas alturas de la ya multisecular lectura de *La Celestina*, que esta advertencia contra las artimañas de tales individuos está apretadamente vinculada con la actividad amorosa desplegada por una más que considerable «muchedumbre de galanes y enamorados mancebos», coterráneos y contemporáneos de su autor. Lo cual, por si quedara alguna duda sobre este particular, viene corroborado en otros pasajes de la obra, como se muestra en la rúbrica de la edición de Sevilla de 1501, que lee así:

Síguese la Comedia [o *Tragicomedia*] de Calisto y Melibea, compuesta en reprehensión de los locos enamorados que, vencidos en su desordenado apetito, a sus amigas llaman y dizen ser su dios. Así mismo fecha en aviso de los engaños de las alcahuetas y malos y lisonjeros sirvientes (205)¹.

Es, por tanto, el amor el tema e hilo conductor que, *ab initio usque ad finem*, va a infundir sentido a todos los componentes de la obra, fueren éstos cuales fueren. No ha de sorprendernos, pues, que algunos de los estudiosos de *La Celestina* la hayan rotulado como otra *arte de amores*, en el sentido de que —nos dice uno de ellos— «the word *arte* is taken here to mean not only the knowledge and practice of love and a handbook of love —as in *Ars amatoria*—

¹ *Comedia o Tragicomedia de Calisto y Melibea*, ed. Peter E. Russell (Madrid: Clásicos Castalia, 1991), pp. 184 y 185 para *Carta*. Todas las citas refieren a esta edición. Nótese que en (205) las falsas hechiceras han devenido alcahuetas, lo cual no hace más que reafirmar el hecho inquestionable, en el sentir de la gente de la época, de su perfecta canjeabilidad. Así, a mi modo de entender, se han de tomar las palabras de Lucrecia cuando, poniendo en guardia a su señora sobre los turbios manejos de Celestina, describe a ésta de este modo: «¡Jesú, señora, más conocida es esta vieja que la ruda! No sé cómo no tienes memoria de la que empicataron por hechizera, *que vendía las moças a los abades y descasava mil casados*» (Auto IV, p. 152; mío es el énfasis, como todos los que aparecen en este trabajo si no se indica lo contrario). El proxenetismo y el uso de ligazones (*ligaturae*) son actividades propias de la alcahueta, a quien el poder fáctico, con excesiva frecuencia, tilda de hechicera. Por eso, muy acertadamente nos ha advertido Francisco Márquez Villanueva que «[h]echicería y alcahuetería han marchado de la mano a lo largo de la historia, y la represión de prácticas maléficas ha arrastrado consigo a muchas maestras en la doble profesión» [*Orígenes y sociología del tema celestinesco* (Barcelona: Anthropos, Colección Hispanistas, 1993), p. 115].

but also a tale of love artistically told»². Montado de esta suerte el marco referencial sobre el que han de incidir las consideraciones que siguen con las próximas páginas, obligado es establecer la óptica crítica que pretende presidirlas. Importa, a tales efectos, delimitar en la medida de lo posible la vía histórico-crítica que se ha de transitar en el análisis de tema literario de tan larga tradición. Ésta no puede ser otra que la que implica la apriorística visión del amor como pasión sí, mas en su dimensión de *aegritudo* y tal como se había ido perfeccionando en el orbe latino-cristiano tardomedieval al paso de la evolución sufrida por este concepto científico-médico hasta llegar a los últimos años del siglo xv³. Se trata, pues, de mostrar cómo se produce y cuáles son algunas de las secuelas que se derivan del trasplante de una realidad de orden patógeno (*amor* o *amor hereos*, según la nomenclatura médica de la época), intrínsecamente ajena al campo de la ficción literaria, a una específica instancia de ésta, en este caso *La Celestina*. Tal trasplante estético contaba con una larguísima tradición —no es cosa de extenderse en ella en estos momentos—, fácilmente detectable ya a punto de periclitarse el siglo xv en otros muchos escritos castellanos contemporáneos del elaborado finalmente por el bachiller de Puebla de Montalbán⁴. Por lo tanto, no ha de sorprendernos que Fernando de Rojas tuviera muy presente el contexto médico-científico de que se nutre una veta sus-

² Cf. Edwin J. Webber: «The *Celestina* as an *Arte de amores*», *Modern Philology*, LV.3 (1958), pp. 145-53, 145; ver también Jesús Gómez: «Las Artes de Amores», *Celestina*, y el género literario de la *Penitencia de Amor* de Urrea», *Celestinesca*, XIV.1 (mayo, 1990), pp. 3-16. Percepción que comparto, con las salvedades que expresaba ya hace algún tiempo Domingo Ynduráin en su «Un aspecto de «La Celestina»», *Estudios sobre el Siglo de Oro. Homenaje al profesor Francisco Ynduráin* (Madrid: Editora Nacional, 1984), pp. 521-40, 534. No concuerdo con la idea expresada por Russell de que «la principal función temática en la obra de Rojas es la de producir, sirviéndose de un pacto con el Diablo, un caso de *philocaptio* cuya víctima es Melibea» [«La magia como tema integral de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*», *Studia Philologica. Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso por sus amigos y discípulos con ocasión de su 60º aniversario* (Madrid: Editorial Gredos, 1963), III, pp. 337-54, 345]. El aspecto mágico, en mi opinión, es contingente y no esencial, como lo es, por contra, el del amor, sin el cual el primero —en caso de que exista— no se daría.

³ Para situarse ante una panorámica que aspire a abarcar parte de esta cuestión, me parece imprescindible referir al lector de este artículo a los que le preceden, cuyos títulos son: «Hacia un contexto médico para *Celestina*: dos modalidades curadoras frente a frente» *Celestinesca*, 23.1-2 (1999), pp. 87-124] y «Hacia un contexto médico para *Celestina*: Sobre *amor hereos* y su terapia», de próxima aparición en *Celestinesca*. En ellos se hallará información técnica que dilucida algunos componentes de esta materia y que van a desarrollarse en este trabajo, ahora específicamente referidos a *La Celestina*.

⁴ Que el término *amor hereos* tiene su correspondencia con su sinónimo *amor* en algunos textos médicos del momento viene corroborado por esta definición que hallo en un anónimo que circulaba por Castilla en los últimos años del siglo xv: «El amor es grant amor del omne a la muger e es de las dolencias que se fazen en el meollo e traen a las dolencias espirituales. E faze [se] de dos cosas: o por de la natura enpuxar la cosa soueja dapnosa del cuerpo o [por] grand deseamjento del alma a catar a figura muy fermosa e allegar a ella» [*Tratado de patología*, ed. M.ª Teresa Herrera y M.ª Nieves Sánchez (Madrid: Arco/Libros, S. L., 1997), p. 92]. Punto de arranque indispensable para la comprensión de algunas ideas naturalistas imperantes en aquellos momentos es la monografía de Pedro M. Cátedra: *Amor y Pedagogía en la Edad Media (Estudios de doctrina amorosa y práctica literaria)* (Salamanca: Universidad, 1989).

tancial de su propia ideología. Obligado era que en el toledano aquella tradición científica tomase simultáneamente cariz de debate y componente integrador de su obra. Ésta es la cuestión de fondo que en mi opinión promueve la dinámica que rige el comportamiento de sus personajes en ella. Como creación poética, *La Celestina* —al hilo de una polifacética visión naturalista— irá destrenzando sutilmente las diferentes fibras que componen la textura de su conducta, encardados con el *amor hereos*⁵.

No se me antoja superfluo recordar, emplazando ahora a *La Celestina* en el campo óptico referido, la autorizada opinión sustentada por Aristóteles, quien define el amor como un deseo y, por tanto, especie de carencia o pobreza (hasta que no se ve satisfecho). Más tarde Galeno —quien lo percibe como una disfuncionalidad fisiológica— lo definirá como un deseo o juicio de una cosa buena, advirtiendo que esta pasión es en el ser humano producto de una fuerza irracional que desobedece a la razón. La causa de esta *aegritudo* es la *cupiditas*, fuerza a la que hay que sojuzgar dulce y amablemente, sin caer en excesos de ningún tipo. Pese a la aparente disonancia que pudiera percibirse en estas definiciones, tanto el naturalista como el médico griegos coincidían en una apreciación fundamental. En efecto, no consideraban que el instinto o apetito animal fuese ni el enemigo ni el más débil de los componentes de la *mixtio* que constituía el ser humano, sino más bien la complicada superestructura mental construida por su imaginación, que descarría la razón. En resumen, desde la antigüedad clásica se percibía a la materia como más fuerte y sana que el espíritu, frecuente víctima de la irracionalidad creada por él mismo⁶.

Una irracionalidad que al fin y a la postre era fruto de un *accidens animi*, a su vez generado por una disfuncionalidad que —Galenus dixit— aquejaba al cerebro —o al corazón, si creemos a Aristóteles— del paciente de este mal, quien mostraba un amplio abanico de signos patognómicos que lo caracterizaban. Que éste en algunos casos extremos perdiera la razón y diera muestras constantes de locura no era noción ajena a la órbita epistemológica en que se

⁵ Algunas de sus repercusiones han sido exploradas por Michael R. Solomon [«Calisto's Ailment: Bitextual Diagnostics and Parody in *Celestina*», *Revista de Estudios Hispánicos*, X.1 (Vassar College, Enero 1989), pp. 41-64, principalmente 42, 45-47, 52-56] y Charles F. Fraker [«The Four Humors in "Celestina"», *Fernando de Rojas and Celestina: Approaching the Fifth Centenary. Proceedings of an International Conference in Commemoration of the 450th Anniversary of the Death of Fernando de Rojas. Purdue University, West Lafayette, Indiana 21-24 November 1991*, ed. Ivy A. Corfis & Joseph T. Snow (Madison: University of Wisconsin, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1993), pp. 129-54, en especial 146-47].

⁶ Aristóteles afirma que el amor es la causa de todo bien y la discordia de todo mal [*Metaphysica, Opera Omnia*, ed. Immanuel Bekker (Berlin: Academia Regia Borussica, Georg Reimer, 1831), I.4.984a]; el principio de todo amor y amistad está en el placer que proporciona la vista del objeto amado, y —*pace* Petrarca— nadie ama sin haber visto (*Ethica nicomachea*, 9.5.1167a); el amor, considerado como especie de carencia o pobreza, viene tratado en su apócrifo *Problemata*, 3.872a. Para Galeno, v. *De placitis Hippocratis et Platonis*, especialmente lib. IV, cap. vi [*On the Doctrines of Hippocrates and Plato. Edition, Translation and Commentary by Phillip De Lacy*, First Part: Books I-V (Berlin: Academia Scientiarum, 1981), pp. 271-281].

movía la percepción general que de esta enfermedad privaba entre los letrados bajomedievales⁷.

Erigida como centro de gravitación de un complejo proceso fenomenológico, esta entidad patógena —según Avicena pasión del alma introducida por los sentidos para satisfacer el deseo— se verá transplantada a otro renglón de la actividad especulativa, como es el literario. En esta provincia de la geografía estética ha de aparecer de formas muy diversas y siempre adaptada a las necesidades —ideológicas y genéricas— que impone la misma obra de ficción: éste será el caso de obra tan emblemática como *La Celestina*. Tema de tan largo alcance y perspectivas tan abarcadoras revestirá, en pluma del bachiller de Puebla de Montalbán, modalidades y variantes en las que quedarán develadas diferentes actitudes mentales de una comunidad erudita ante la *aegritudo amoris*. Y ello lo hará despojando a su obra de todo tipo de reflexión teórica o interpretación ideológica por lo que respecta a la conducta de todos sus personajes. Como causa previa y eficiente de este talante estético-moral se alzará un factor condicionante: un crudo y descarnado naturalismo científico puesto en marcha por su primitivo autor, que nos empuja a percibir la *cupiditas* como la fuerza motriz que desencadena la siempre conflictiva conducta de sus personajes. Vista la obra desde esta reductora perspectiva —que no excluye otras, como es natural—, el objetivo a que invitan las páginas que siguen consistirá en ilustrar, al vuelo de las teorías científico-médicas imperantes en aquel momento, algunos de los planteamientos ideológicos que despliegan ante la *aegritudo amoris* algunos de sus personajes. Además y al mismo tiempo, se intentará mostrar cómo la factura final, a cargo de Fernando de Rojas, acomoda en su seno un debate —profundamente interiorizado— en que transpira la desesperada lucha por la supervivencia de la razón ante los embates de la imparable *cupiditas*, transmutada en desafortunada *luxuria*. Caballo de batalla en esta enconada lid —cosa de hombres, por supuesto— será la figura femenina, tal como queda intelectivamente concebida —ahíta de irracionalidad y causa eficiente de aquella *aegritudo*— a través de los variados registros que de su huidiza realidad generan los personajes de la tragicomedia. Ante empresa de tanta amplitud, el alcance de las páginas que siguen —primeras de un proyecto más extenso— busca su espacio en el que ofrece el contenido textual que abarca el juego dialógico bipolar desplegado por Calisto y Sempronio y centrado sobre Melibea. Dentro de este limitado enclave, se intentará despejar el panorama ideológico que da sentido —dentro de la temática que configura la peculiar noción de *amor he-*

⁷ Ver síntesis en «Hacia un contexto médico para *La Celestina*: Sobre *amor hereos* y su terapia», donde se hallará la bibliografía médica esencial que cubre esta materia. Bello ejemplo de armónica simbiosis de esta académica *quaestio disputata*, y sublimada por la lírica, nos la proporciona Pierre de Ronsard (1524-1585) en uno de sus sonetos. En ediciones posteriores, el segundo verso del segundo cuarteto («Mon cueur pensif, mes yeulx chargez de pleurs») va a experimentar esta transformación: «Mon front pensif», con la consiguiente pérdida de carga poética con que se afea dicho verso [*Les Amours*, ed. Henri Weber & Catherine Weber (Paris: Garnier Frères, 1963), p. 40].

reos— a la singular e inusitada relación de carácter médico que se establece entre señor y criado⁸.

* * *

Se afirma en el prólogo a la *Comedia de Calisto y Melibea* que abre puerta a las ediciones de Toledo (1500) y de Sevilla (1501) que «esta presente obra ha seydo instrumento de lid o contienda a sus lectores para ponerlos en diferencias, dando cada uno sentencia sobre ella a sabor de su voluntad» (200). Si esta observación se asevera como cierta —y no encuentro ninguna razón para que no lo sea—, también se nos aparecerá como válida y bajo este mismo sello la peculiar actitud de ciertos personajes. Víctimas de sus inclinaciones y contradicciones, todos y cada uno de ellos seguirán una trayectoria en su comportamiento que ha de descubrir al individuo —según la función y finalidad de su propia pasión amorosa— en una doble vertiente: como sujeto paciente y/o como espectador(es) dentro de un ámbito de complejo mecanismo de grupo, por mínimo que éste pueda parecernos⁹. Fuere quien fuere el personaje seleccionado, como individuo se descubre incapaz de controlar la poderosa fuerza de su pasión, que se erige como *fatum*. Es corolario esperable —por lo lógico— que, dadas estas circunstancias, queda abandonado y a la deriva en la «natural contienda» de su propia existencia, «laberinto de errores» (599), sin orden ni concierto. Consecuentemente, el amor pasional deviene instrumento de la ciega e imperturbable Fortuna, cuyas veleidades lo someten a la acción de una especie de imprevisible *ars combinatoria* —presidida por la fórmula de lo mutable— que lo llevará tarde o temprano a la destrucción y la muerte¹⁰. Si éste es el ingrediente que remata la fórmula vital que para sus personajes tan sabia-

⁸ Es tema tocado por George A. Shipley: «Authority and Experience in *La Celestina*», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXII.1 (1985), pp. 95-111, en su sección primera (I. Concerning the Authority of Authority, 95-97), donde ha sabido leer muy acertadamente la función curadora que intenta llevar a cabo Sempronio. Ha sido retomado por Michael R. Solomon («Calisto's Ailment»), artículo mencionado en n. 5 *supra*. Es menester tener siempre muy presentes —a efectos de este mi trabajo— los de estos dos críticos.

⁹ Cosa que ha sido minuciosamente indagada —con la figura de la alcahueta como elemento catalizador de esta dinámica— por F. Márquez Villanueva en «*La Celestina* as Hispano-Semitic Anthropology», *Revue de Littérature Comparée*, 61.4 (Octobre-Décembre 1987), pp. 425-53, en especial 436-37, 440-42 y 450-51; más por extenso en *Orígenes y sociología*.

¹⁰ De manera similar a la que se registra, por ejemplo, en *Cárcel de amor* cuando Leriano se abandona a su destino y confiesa al autor: «Ordenó mi ventura que me enamorase de Laureola [...], pensamiento que yo deviera antes huir que buscar; pero como *los primeros movimientos* no se puedan en los hombres escusar, en lugar de desviallos con la razón, confirmélos con la voluntad; y assí de Amor me vencí, que me truxo a esta su casa, la cual se llama Cárcel de Amor» [*Diego de San Pedro. Obras Completas, II Cárcel de amor*, ed. Keith Whinnom (Madrid: Clásicos Castalia 39, 1979), p. 89]. El tecnicismo empleado por este novelista nos remite precisamente a la mecánica fisiológica que genera el enamoramiento; véanse otros aspectos en Rafael Beltrán: «Paralelismos en los enamoramientos de Calisto y Tirant lo Blanc: los primeros síntomas del *mal de amor*», *Celestinesca*, 12.2 (1988), pp. 33-53.

mente ha manipulado el autor, en la misma medida interesa al lector percibir el despliegue del proceso científico que la justifica *rationaliter*. Bajo esta luz, se presenta como inexcusable la necesidad de develar los mecanismos de orden científico —fuerzas condicionantes soterradas bajo un cierto discurso, en este caso el médico— que van a permitir al primer autor (y a Fernando de Rojas, que le completa) exponer un específico contenido ideológico de carácter amoroso. Que ello es factor integrador y ordenador —dentro de un sistema de dualidades cambiantes— de las múltiples resonancias y vestigios librescos inmersos en su texto, me parece de meridiana evidencia¹¹. Lo cual, por otra parte, no es indicio probatorio de que nuestros dos autores se dejen seducir y rindan servil tributo a los pasados *auctores*, sometiéndose a sus dictados por mor de un prurito de retoricismo mal entendido. Nada más lejos de la realidad textual; el hecho de que tanto el uno como el otro estén constantemente desbaratando y desvirtuando modelos establecidos —conservando su caparazón— se explica en razón de su inquebrantable ánimo de evidenciar la palmaria contradicción que se da entre teoría y práctica. Dentro de este cauce referencial, fluirán las distintas corrientes ideológicas que marcarán rumbo al talante amoroso de sus personajes, dejando a flote —tras desastrado naufragio— la explicación científica que confiere valor credencial a sus gestos y palabras. Para lograrlo, ambos autores recurrirán al sagaz empleo de un conjunto de fórmulas discursivas cuya codificación reflejará, en aquellos personajes, una tensa contraposición —en tanto seres humanos de ficción que son— entre vida condicionada (social) e instinto. Lo cual implicará la fundamental idea de que ese «ilícito amor» (213) de que habla Melibea, al comunicar su (irresistible) deleite, sea no solamente la ineludible fuerza que la lanzará en brazos de Calisto, sino también —ahora en las solas manos de Rojas— una de las claves explicativas de la totalidad de la obra¹². Y lo es en cuanto que deja patente la noción

¹¹ Ver la síntesis de M. E. Lacarra: *Cómo leer La Celestina* (Madrid: Júcar, 1990), pp. 42-50 («III.4 Lengua y retórica»), de donde destaco la idea de que «*La Celestina* integra desde el primer acto distintos registros de lenguaje que responden a diferentes géneros literarios y que con frecuencia son préstamos liberales o reminiscencias más o menos extensas de obras conocidas por los lectores cultos del xv, a quienes sin duda la obra iba dirigida» (p. 43). De ahí la importancia que deseo conferir a la clave semiótica generada por el discurso médico, cuyo protagonismo entra en liza con sus oponentes, los cuales, sin dejar de ser elementos conformadores de la obra, adquieren por fuerza otras tonalidades. De ello es perfectamente consciente la misma Lacarra en su segunda edición (Madison: HSMS, University of Wisconsin, 1995), donde abundan las notas de carácter no sólo literario, sino también médico. Otros aspectos —importantes— sobre la génesis de la obra, en Patrizia Botta: «El texto en movimiento (De la *Celestina* de Palacio a la *Celestina* posterior)», *Cinco siglos de «Celestina»: aportaciones interpretativas*, ed. R. Beltrán Llavador y J. L. Canet (Valencia: Universidad, 1997), pp. 135-59.

¹² Lo expuesto hasta ahora no excluye, ni mucho menos, las otras dimensiones constructivas —e incluso interpretativas— que adornan la obra, tan rica en sentidos y valores. Simplemente pretende integrar, en previo ejercitamiento de jerarquización de aquéllos, este factor de índole médico-científica, tan descuidado hasta ahora en la consideración crítica del escrito de Rojas. En la cumbre de esa especie de *scala naturae* que sostiene —a *vertice ad calcem*— el espíritu de la obra, continúa estando

de que, pese a todo, el instinto sexual resulta ser siempre el vencedor de la razón en la minimalista pelea que se entabla y se resuelve en la palestra vivencial de todos y de cada uno de los personajes. No podía ser menos en lo que acaece a uno tan señalado como es el que se esconde tras el nombre de Calisto.

* * *

Reo de la más flagrante contradicción que campa por *La Celestina* entre lo que se dice y lo que se hace es el personaje de Calisto. Como elementos bímembres articuladores del ser de ficción literaria, el decir y el hacer son, en general, funciones deícticas que, captadas por el observador —personaje, lector u oyente— como procesos continuos, van deletreando gradual y progresivamente el abecedario con el que se escribirá el texto espiritual que, en registro poético, nos permitirá —posteriormente como lectores— leer y desentrañar de algún modo su realidad. En el caso específico de Calisto, sus parlamentos —que aspiran a reproducir una realidad semántica fruto de confusos moldes retóricos de procedencia cortesana y caballeresca— chocan estridentemente con su modo de actuar, manifestando una incongruencia netamente paradójica. Obliga ello al lector —*alter ego* de Fernando de Rojas, en constante alerta— a indagar las causas que la provocan, que no pueden ser otras, si seguimos la senda inquisitoria que nos hemos trazado, que las inscritas, como proceso fenomenológico, en la disfuncionalidad llamada por médicos y (filósofos) naturales *amor hereos*. Desde el mismísimo inicio de la obra e incluso para el lector avezado, nada tan sencillo como caer en la tentación de creer —a pies juntillas— que se están observando unos síntomas de algún trastorno que aqueja a Calisto. En este proceso creador, el primer autor, conocedor como es de Aristóteles, despliega —*in medias res*— un segmento del proceso fisiológico que se origina en el alma de aquel (Calisto) que, aparentemente, se ve asaltado —mediante el requerido acto de visión— por la pasión ante la inusitada presencia de una figura perfecta (Melibea) en su estimativa¹³. Canonizada ya como manido *topos* a finales del siglo xv, la percepción aristotélica de este fenómeno había

el aspecto moral infundido por el jurista, que ha de cobrar su arancel a los otros —incluido el que intento en estas líneas desplegar— de la forma que todos los devotos de *La Celestina* conocen suficientemente.

¹³ Remito, naturalmente, a la controvertida escena del encuentro sostenido por Calisto y Melibea y que abre la obra. Téngase muy en cuenta, para su interpretación, la que ofrece Miguel Garci-Gómez: «El sueño de Calisto», *Celestinesca*, 9 (1985), pp. 11-22, extendidamente desplegada en *Calisto: soñador y altanero* (Kassel: Reichenberger, Estudios de Literatura 23, 1994), y siguiéndole, Ricardo Castells: «El sueño de Calisto y la tradición celestinesca», *Celestinesca*, 14.1 (mayo 1990), pp. 17-39, y luego en *Calisto's Dream and the Celestinesque Tradition: A Rereading of Celestina* (Chapel Hill: NCSRL, North Carolina UP, 1995), que para nada afectan a lo que sigue en este mi trabajo. Váyase también a Donald McGrady: «The Problematic Beginning of «Celestina»», *Celestinesca*, 18.1 (1994), pp. 31-51, así como Itziar Mitxelena: *Algunas observaciones acerca del comienzo de «La Celestina»* (Bilbo: Euskal Herriko Unibertsitatea, 1996).

quedado formulada desde hacía siglos por el discurso médico, que lo integra armoniosamente en el paradigma curador hipocrático-galénico, imperante en el tardo medioevo. Su expresión más cercana al primer autor y a Rojas —en el espacio y en el tiempo— se halla en la pluma de un acaso compañero universitario del toledano, el todavía licenciado Francisco López de Villalobos, quien en varias instancias —y no exento de maliciosa sorna— ofrece a sus escasos lectores una muestra de algunas de sus características:

Amor hereos, segun nuestros autores,
 es vna corrupta imaginacion
 por quien algun hombre se aquexa de amores,
 y en este ques hito de los trouadores,
 sin ser lisongero, dire mi razon.
 Sabed por muy cierto quel entendimiento
 jamas no se mescla en aquestas pendencias;
 la imaginatiua y bestial pensamiento,
 como es gran potencia y padeçe tormento,
 engaña consigo a las otras potencias¹⁴.

Villalobos pone el dedo en la llaga cuando etiqueta este proceso patológico con el marchamo de «hito de trouadores». Su paralipsoidal despegue de cuestión tan debatida deja al descubierto, de nuevo, la suerte corrida por esta *aegritudo* —ahora en las desconsideradas manos de la poesía— así como también la malversación que de su sustancia conceptual se había operado en aquel dominio estético¹⁵. Por fuerza, y como participante de una visión afín a la del leonés, el primer autor aporta su (genial) grano de arena a la sana empresa de reparar este entuerto, sometiendo el discurso ejecutor de aquella tropelía a un tratamiento terapéutico —nada lisonjero— de carácter paródico. Un discurso que, hasta entonces, había podido mantener a duras penas la convencional fidelidad semántica del que era —

¹⁴ *El sumario de la medicina con un tratado de las pestíferas bubas*, ed. María Teresa Herrera (Salamanca: Cuadernos de Historia de la Medicina Española, Monografías XXV, 1973), p. 38. Váyase, para una exposición histórica más pormenorizada del mecanismo fisio-sicológico que se opera en el paciente, a toda la obra de Massimo Ciavolella: *La «malattia d'amore» dall' Antichità al Medioevo* (Roma: Bulzoni, 1976), y de forma especial, pp. 77-79, así como la global que ofrecen Donald Beecher y el mismo Ciavolella en su extensa introducción a su traducción de un tratado erotológico de principios del siglo xvii [*Traité de l' essence et guérison de l'amour, ou mélancholie erotique* (Toulouse: Colombier, 1610)]; Jacques Ferrand. *A Treatise on Lovesickness* (Syracuse, N.Y.: Syracuse UP, 1990), pp. 70-82].

¹⁵ Ver algunas de las acertadas observaciones de Cátedra a la traducción que del *Amphytrio* de Plauto hace Villalobos (*Amor y pedagogía*, p. 64). Ni que decir tiene que son muy grandes las afinidades que se registran entre el médico y el jurista —ni al uno ni al otro les satisfacen esas «lisonjas» a que son dados tantos—, si bien cabe señalar que se alzan sustantivas diferencias entre ellos. De algunas de las primeras advirtió, ya hace muchos años, Stephen Gilman: *The Spain of Fernando de Rojas. The Intellectual and Social Landscape of La Celestina* (Princeton, N. J.: Princeton UP, 1972), pp. 100-103 y 347-48. No he podido consultar la monografía de Gustavo Illades Aguiar: *La «Celestina» en el taller salmantino* (México, DF: Universidad Autónoma de México, 1999), en la que se intenta despejar algunos aspectos de la relación entre la obra de Rojas y las de Villalobos.

o debería ser— celoso cancerbero. La supuesta armonía unitaria que el discurso amatorio mantiene o debe mantener —en el interior de todas sus partes— entre el significante y el significado, se nos antoja ya quebrantada cuando llega a manos de Rojas el primer acto de lo que va a ser su obra futura. Quedaba en evidencia ya, a los ojos de muchos, la inherente —o adquirida— precariedad de su situación cuando se llega a finales del siglo xv. Aquejado de artificiosidad, se mostraba incapaz de ocultar las fallas de construcción sufridas por aquel edificio que había dado cobijo hasta entonces al aceptado concepto de amor cortesano que nutre, con sus múltiples variantes, la ficción sentimental. La desmesura y excesos cometidos en aras de las variadas fórmulas en que se plasma la praxis poética del amor cortesano, había, por necesidad, de justificar, por parte del anónimo y de Rojas, el implícito deseo de desenmascarar su impostura¹⁶. Si, como recientemente se nos ha aleccionado, en *La Celestina* «la parodia de las historias sentimentales es total», la historia sentimental de Calisto no puede ocultar su total carácter de un personaje que se ve impelido a hablar y actuar como lo hace movido por su concupiscencia. Este simple hecho marca, *ab initio*, el cariz que presenta la cruel y descarnada crítica a que somete el primer genitor a su personaje, ayudado por las armas que, bien guarnecida, le ofrece la parodia¹⁷.

«La pasión de Calisto —nos advierte Francisco Márquez Villanueva—, con su incontenible vuelco sexual, no revestía signo caballeresco ni cortés». Y así es; el primer parlamento aireado por Calisto y dirigido a Melibea, y la forma hiperbólica en que aquél lo realiza, explicitan a la joven el cariz de las pre-

¹⁶ Remito, en cargo a este propósito, a *Cátedra (Amor y pedagogía, especialmente pp.65-67)*, y de forma especialísima a n. 127, donde se hace referencia a un conocido *roman* occitano en que se da un caso flagrante de deturpación científica —por arte de birlibirloque se hace desaparecer la Naturaleza— que ha debido provocar, por cuanto que les afectaba como hombres de ciencia, las iras del naturalista y el médico medievales. No me privo de reproducirlas: «Amor es plaia d'esperit / en que.s deleiton li ferit / tan que de garir non ha cura, / per que no.s entramet Natura. / E qui d'Amor es bien feritz / mout deu esser escoloritiz. / Maigres e teinz e flacs e vans, / Et en als sia fort ben sans; / Quan tant es l'esperitz vesis / Del cor, que si nul mal suffris / Nom pot esser que non s'en senta.» [*Le roman de Flamenca publié d'après le manuscrit unique de Carcassonne traduit et accompagné d'un glossaire par Paul Neyer* (Paris: Librairie A. Franck, 1865), vv. 3035-45, en pp. 91-92].

¹⁷ Ver muchas de las juiciosas apreciaciones sobre este aspecto en Lacarra (*Cómo leer*, pp. 50-54), de donde extraigo la cita de que me he apropiado (p. 52). Que, naturalmente, hay que meter en esta danza flagelatoria a Andreas Capellanus y su *De amore* (c. 1170) es cosa que estableció contundentemente Alan D. Deyermond, quien nos mostró con suficiencia cuán pobre era el talante discente de Calisto como amador cortés [«The Text-Book Mishandled: Andreas Capellanus and the Opening Scene of *La Celestina*», *Neophilologus*, 45 (1961), pp. 218-21]; le sigue muy de cerca John Devlin: «*La Celestina*» a *Parody of Courtly Love: Towards a Realistic Interpretation of the Tragicomedia de Calisto y Melibea* (New York: Las Américas, 1971), y con mayor amplitud, June Hall Martin: *Love's Fools: Aucassin, Troilus, Calisto and the parody of the courtly lover* (London: Tamesis, 1972), pp. 71-134; y recientemente Antonio Gargano: «*Son joi celar*»: segretezza d'amore e desiderio d'esibizione nella *Celestina*», *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche*, 1 (1998), pp. 9-46. Disiente de todos ellos Ricardo Castells en «Calisto and the Imputed Parody of Courtly Love in *Celestina*», *Journal of Hispanic Philology*, XV.3 (1991), pp. 209-220; y más recientemente en «*Il Cortegiano* de Castiglione y la representación del amor sensual en *La Celestina*», *Castilla*, 20 (1995), pp. 33-45.

tensiones del desaforado caballero¹⁸. De entrada, rompiendo toda norma protocolaria que exige la ocasión, su discurso subvierte las convenciones —y el excelso propósito— que exige el amor cortés al aludir a dos circunstancias que concurren en este encuentro: el lugar (no público), tan conveniente para los designios de Calisto y, segundo, el «secreto dolor» que dice sentir. Estas dos importantes circunstancias, por sí solas, implican ya la indudable ilicitud de la relación que pudiera surgir entre los dos jóvenes. No digamos nada del «galardón» que Calisto espera alcanzar, no tanto por «el servicio, sacrificio, devoción y obras pías» (211) que como todo bien nacido caballero —cabal y sinceramente— ha realizado, realiza y realizará por su dama, sino más bien por su desvergonzada promesa de hacerlo. Melibea, herida en su amor propio de mujer y de dama, no puede reaccionar de otra manera ante tamaña ofensa, que la sitúa por bajo de la consideración —furtiva o pública— otorgada a la prostituta, a quien se recompensa por sus servicios no con promesas, sino con algo concreto, tangible e inmediato. Será la primera ocasión en que, —y glosó lo que dirá más tarde Tristán— por lo que toca a Melibea, «padezca su honra detrimento» (576), aunque la insensatez de Calisto, ególatra por antonomasia, no tenga conciencia de ello. Y pese a ello, la mal contenida ira (genuina?) de la joven —aun teniendo en cuenta todo lo que se haya dicho para aclarar su irrupción— deja conveniente paso —y en esta instancia remito al lector a la autoconfesión que ella misma oficia en el monólogo que abre el décimo acto— a su incontenible vanidad femenina. Ésta, muy latente en una nada retórica y un mucho sinuosa pregunta («¿Por tan gran premio tienes éste, Calisto?»), aflora solapadamente en destemplada réplica, tan cargada de ambigüedad, suelta ya la rienda que sujetaba su aparente ira: «¿Pues aún más igual galardón te daré yo si perseveras!» (212)¹⁹.

¹⁸ *Orígenes y sociología*, p. 140. Aunque rehuyendo echar mi cuarto a espadas —levantadas en debate en torno a su carácter y al supuesto código de conducta que genera—, no quisiera dejar pasar la ocasión de aludir a las serias dudas que sobre esta noción pululan en los corrillos críticos de nuestra actualidad. Un conspicuo detractor de las ideas tradicionales sobre el amor cortés, tal como se han sostenido hasta ahora, es Ethelbert Talbot Donaldson, que muestra su escepticismo en *Speaking of Chaucer* (New York: W.W. Norton, 1970), pp. 154-63 («The Myth of Courtly Love»), que antes había expuesto, con idéntico título, en *Ventures*, 5 (1965), pp. 16-23.

¹⁹ Desde Salvador de Madariaga [«Discurso sobre Melibea», *Sur*, X.76 (1941), pp. 38-69], Otis H. Green [«La furia de Melibea», *Clavileño*, IV.20 (marzo-abril, 1953), pp. 1-3] y G.D. Trotter [«Sobre “La furia de Melibea”», *Clavileño*, [IV].25 (enero-febrero, 1954), pp. 55-56] hasta M.E. Lacarra («La ira de Melibea a la luz de la filosofía moral y del discurso médico», *Cinco siglos*, pp. 107-20), se han prodigado las explicaciones sobre la conducta de la joven, sin que por ello tal cuestión haya dejado de ser —como quería nuestro taimado autor para su obra al prologarla— «instrumento de lid y contienda a sus lectores para ponerlos en diferencias» (200). Más por extenso, toco esta cuestión, saliéndome de la senda tradicional, en «La enfermedad de Melibea: dos perspectivas médicas en torno a la *ægritudo amoris* en *Celestina*», de próxima aparición en *Revista de Filología Española*. Para la anfibia que encierra el término *galardón*, tan generalizado en la literatura amorosa coetánea, v. Keith Whimom: «Hacia la interpretación y la valoración de las canciones del *Cancionero general* de 1511», *Filología*, XIII (1968-1969), pp. 361-81.

Con estas palabras de Melíbea se nos entreabren los visillos del tumultuoso ámbito interior de un Calisto rechazado y dolido en su aquel tan denostado aunque prevalente *tumor nobilitatis*, su orgullo. La altanería de que ha dado prueba Melíbea —que ha leído mucho y relativamente bien— le sumerge, aparentemente, en un estado de profunda depresión emocional cuyos trazos patognómicos parecen seguir *ad litteram* los descritos por algunos de los más prestigiados manuales médicos al uso²⁰. En efecto, cualquier letrado de la época —médico o no— no habría reservado su pronóstico ni acaso dudado sobre la posible causa que identificara —teóricamente— el estado de Calisto, ateniéndose a las circunstancias externas que surgen en aquel momento y de las que el atolondrado y fogoso joven es protagonista. El cuadro clínico que presentará el quejumbroso caballero va a ser desplegado con ejemplar minuciosidad por nuestro anónimo Asclepio. En calidad de tal, aflora un filón de la *ars medica* que, a partir de este momento, abrirá en la obra un campo de acción poética de no menguada relevancia. Por necesidad, este filón obliga a su autor a tener en cuenta, además de las leyes de orden estético, las que impone esta *scientia*, que aspira a *explicar* científicamente el comportamiento del individuo y del entorno que sobre éste gravita²¹. Todos los componentes de este específico macrocosmos inciden sobre su centro, que es el individuo —en otra reflexión más como microcosmos—, el cual funciona siguiendo unas leyes que son propias de aquél y se presentan como autónomas. La dinámica que dará sentido a ambos, macro y microcosmos juntamente, será la que brota de una fuerza energética que se impone sobre ellos, irresistible y subordinadora de las demás: la fisiátrica. Avizorado el panorama desde esta atalaya antropológica, cualquier letrado de los últimos años del siglo xv, incluso en su más endeble conocimiento de la *scientia medica*, se sentía capacitado para descubrir la clave explicadora del proceso emocional (*accidens animi*) que experimenta Calisto. Si, tentado por un

²⁰ En las obras médicas que he consultado, ninguno de sus autores aproxima tanto su descripción de los síntomas que muestra Calisto como lo hace Ad-Damiris en su *Hayat al-Hayawan*, y que se pueden leer en la tan iluminadora monografía de los aspectos médicos en el *The Knight's Tale* de Geoffrey Chaucer, «The Lover's Malady of Hereos», *Modern Philology*, 11 (1913-1914), pp. 491-546, de John Livingstone Lowes (p. 517). Es de lamentar el casi total olvido en que ha quedado sumido este excelente trabajo, al que tanto debe el mío. Disiento —sólo en su primera parte— de lo que dice Lacarra cuando afirma que «los cambios que experimenta Calisto se salen de las descripciones médicas y de su plasmación en la literatura medieval» (*Cómo leer*, p. 57).

²¹ Para ilustrar lo dicho —con el *granum salis* que el énfasis que señalo en el texto supone—, envío de nuevo a mí «Hacia un contexto médico para *La Celestina*: Sobre amor hereos y su terapia», especialmente a la sección que cubre la noción de *regimen sanitatis*. Que este concepto científico penetra —aunque en este caso sólo alegóricamente— en nuestra literatura viene confirmado por el ejemplo que nos depara Juan Álvarez Gato [*Regimiento que hizo el mismo a su amiga que estava enferma de mal de calenturas: dízele cómo se ha de regir*, en *Cancionero castellano del siglo xv*, ed. Raymond Foulché-Delbosc (Madrid: N.B.A.E., 1912), tomo 19, p. 265]; para la escrita en catalán, Rosanna Cantavella: «Terapèutiques de l'«amor hereos» a la literatura catalana medieval», *Actes del Novè Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes. Alacant/Elx 9-14 de setembre de 1991* (Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Biblioteca Abat Oliba, 1993), II, pp. 191-207, donde se pasa revista al concreto caso del médico y escritor Jaume Roig en su *Espill*, 200-204.

acuciante prurito de rigor intelectual, su solemnidad académica le encaminaba hacia una mayor precisión científica, siempre podía topar con la brindada por un médico de formación salmantina, Francisco López de Villalobos, en uno de sus escritos. «De las señales que se muestran quando alguno está enamorado» es el tranco semiológico del capítulo dedicado por el leonés al «mal de amores, que Auicena llamó flisei (i.e. ilisci, del ár. al-*išq*, amor excesivo) y los griegos le llaman hereos», en su conocido *Sumario de la medicina*:

Verasle al paciente perder sus continos
negocios y sueños, comer y beuer,
congoxas, sospiros y mill desatinos,
desear soledades y lloros mesquinos,
que no ay quien le valga ni pueda valer,
perdida la fuerça, perdido el color;
y quando le hablan d'amor luego llora
y el pulso es sin orden y mucho menor;
y nunca se esfuerça y se haze mayor,
sino quando puede mirar su señora²².

En el listado semiopatológico que nos presenta Villalobos, importa, sin descartar otros factores, destacar los «mill desatinos» que aquejan a este tipo de paciente, por la parte que a Calisto toca. Por ello, no me parece improcedente —vuelto ya a nuestra realidad de lectores y todavía de la mano de Villalobos— releer, por cuanto supone de aclaratoria *amplificatio*, otro fragmento textual, esta vez rescatado del comentario a su traducción de la *Comedia de Anfitríon* plautina. En él su autor desmenuza la fenomenología atribuida por todos los médicos a una faceta muy especial del estado mental en que está inmerso cualquier enamorado, la *alienatio*:

[Y] así la imaginativa, para pensar distintamente las cosas, es menester que no tenga imagen hecha ni habituada dentro de sí, porque si la tiene es mentirosa y *enajenada la imaginación*. Y cuanto piensan, todo es del metal de aquella imagen que allí está; de aquello habla el alienado y en ello está rebtado y transportado, de tal manera que ni oye ni ve ni entiende cosa que le digan ni responde a propósito. [...] [E]stos se llaman alienados, en los cuales hay grados de más y de menos, como en todas las disposiciones (patógenas) suele acaecer²³.

²² *Sumario*, 40. A tenor de lo dicho por el futuro médico real, quisiera, en este punto de la exposición, recordar —por lo afortunadas— estas palabras de George Lyman Kittredge: «What to the physician were symptoms [...] became, in the chivalric system, duties —ideals of emotion which the true lover must live up to, and which the hypocrite takes pain to counterfeit» [*Chaucer and His Poetry* (Cambridge, Mss.: Cambridge UP, 1915), p. 125].

²³ Esta parcial descripción de la mecánica fisisicológica del *mal de amores*, válida para los últimos años del siglo xv y primeros del xvi, está en el cap. VI («Cómo el amador es loco de atar») [*Curiosidades bibliográficas. Colección escogida de obras raras de amenidad y erudición*, ed.

Parece apropiado pensar —aunque aún albergo en mi mente algunas tímidas reservas— que Calisto, con la imagen de Melibea indeleblemente engastada en su imaginación, es víctima de una alucinación que le mueve a prorrumpir —y ahí están sus criados para certificarlo— en denuestos e improprios y proferir devaneos y amenazas de suicidio. Siempre quedará flotando la duda, como espada de Damocles, sobre la sinceridad de los sentimientos de Calisto, expresados con tanta vehemencia. No obstante, y en descargo de esta duda, estará presente la muestra probatoria de que Calisto carece de aquel noble corazón que caracteriza al verdadero amante: a la larga, va a seguir —cual médico de sí mismo— la *via medicorum* en vez de la *via philosophorum*, como intentaré señalar más adelante y sustanciar en otra ocasión. Como correlato analógico, en el mundillo salmantino de los letrados —hollaran o no las aulas y pasillos de la Universidad— se daba una actitud un tanto cautelosa, si no escéptica, en cuanto a los quilates de veracidad que adornaba el sentimiento amoroso, tan desgastado por el uso y frecuente abuso a que se veía sometido en estas cosas del amor²⁴. Por de pronto, el mismo Villalobos y en el mismo lugar —tampoco vamos tan lejos en esta ocasión— advierte de los manejos de algunos que pueden enturbiar la pureza de aquellos sentimientos y, por razón de ulteriores objetivos, instrumentan un fingimiento:

Mas de los fingidos otra cosa sentimos; que ya hemos visto algunos grandes señores que toman los amores por su pasatiempo y para disimular con ellos los grandes negocios que andan urdiendo, sábenlo tan bien hacer que quien los viere jurará que están dentro. Mas yo lo aviso a sus amigas que se guarden dellos, porque vienen a ellas en vestiduras de corderos y ellos son lobos robadores. En lo

Adolfo de Castro (Madrid: Biblioteca de Autores Españoles 36, 1871), p. 489a]. Dicha traducción está datada el seis de octubre de 1515 en Calatayud. Sin ningún ambage, Américo Castro ya hizo constar que el amor que siente Calisto por Melibea es simplemente un «ansia impotente de un joven adinerado encendido de sensualidad» [*«La Celestina» como contienda literaria (castas y casticisms)*] (Madrid: Revista de Occidente, 1965), p. 160]. Michael R. Solomon, por su parte, ha considerado que «*Celestina* is less a work about the amorous pursuits of a courtly lover than a work about the misguided attempts of an ailing lover to remedy the physical and psychological ills of his sexual frustration» («Calisto's Ailment», p. 42), apreciación que comparto incondicionalmente.

²⁴ Cátedra ha puesto en duda la sinceridad de los sentimientos de Calisto y afirma que «[e]l saltaparedes de Calisto se muestra ahora (en el Auto XIV) y por primera vez seriamente enfermo tras de haber poseído a Melibea. No ya como un amante que finge, tal como pensamos que funciona al principio de la obra» (*Amor y pedagogía*, p. 68). Concuerdo con Cátedra en el escandaloso fingimiento de Calisto; por contra, disiento en cuanto a lo de la enfermedad: Calisto, en este momento y transitoriamente se encuentra curado de ella, como intentaré mostrar en otra ocasión. Lo que este crítico llama la posterior «recharacterización» de Calisto por parte de Rojas, a partir de dicho Auto, responde, a mi modo de ver las cosas, a causación puramente fisiátrica. Estimo también que Fraker da en el clavo cuando señala muy justamente que, después de poseer a Melibea y con ciertos lunares, Calisto «listens to reason; his mood *post coitum* allows him, for onnce, to see things as they are» («Four Humors», p. 147).

que hacen por ellas lo verán, que al verdadero amador ningún servicio le es trabajoso ni hay cosa que le pidan dificultosa o imposible²⁵.

Sea como fuere —ya de vuelta a Sempronio—, comprobamos que éste no ha comprendido a Calisto, pero sí ha captado el nombre de Erasístrato —se dispara la parodia— en el primer lamento de su amo («¡O si vini[é]ssedes agora Erasístrato, médico, sentiría[de]s mi mal!» [214])²⁶. Y efectivamente, se presenta ante él cual grotesco y salmantino emulador del griego, y —como el famoso arquiatra— se pregunta sobre la causa que ha dejado en situación tan lamentable a su señor: «¡O desventura! ¡O súbito mal! ¿Cuál fue tan contrario acontecimiento que assí tan presto robó el alegría deste hombre y, lo que peor es, junto con ella el seso?» (216)²⁷. No cabe duda que el criado ve a Calisto como un alienado, sin todavía percibir

²⁵ *Comedia de Anfitríon*, p. 489b. Todos estamos al corriente de cuáles son los «grandes negocios» que quisiera urdir Calisto. D. Ynduráin, en cauteloso juicio, se reserva en cuanto a la sinceridad de los sentimientos de éste, aunque confirma el torpe acumen amoroso del joven caballero: «Que Calixto (sic) sea un alienado verdadero o sólo lo parezca es cosa que no influye para que se presente, en cualquier caso, como un mal amador cortesano» («Un aspecto», p. 538). No me extendo, por evitar innecesaria prolijidad, en el puñado de analogías que podrían pergeñarse entre la parte final de la frase de Villalobos y la ferocidad erótica —lupina— que mostrará Calisto con Melibea.

²⁶ En oposición a «Eras y Crato», que es la lectura que ofrecen las ediciones de Burgos (1499), Toledo (1500) y Sevilla (1501), opto por «Erasístrato», siguiendo lo sugerido por Ramón Menéndez Pidal hace ya muchos años [«Una nota a *La Celestina*», *Revista de Filología Española*, IV (1917), pp. 50-51], corroborado por Martín de Riquer [«Fernando de Rojas y el primer acto de *La Celestina*», *Revista de Filología Española*, 41 (1957), pp. 373-95, 380], que recoge más tarde Emma Scoles [«Due note di filologia quattrocentista spagnola: II. Seleuco», *Studi di Letteratura spagnola* (1975 [1977]), pp. 180-86], seguida, ya más en la actualidad, por Patrizia Boita [«La edición de *La Celestina* actualmente en prensa», *Incipit*, 16 (1996), pp. 127-42]. Nótese la corrección a que someto el texto de la edición de Russell que estoy empleando y que hago concordar con la que presenta Lacarra en su edición (10). Ver para todo este deturpado pasaje la información aportada por Russell (pp. 214-15 n. 27), Lacarra (144-45 n. 27) y Julio Rodríguez Puértolas en la suya [*La Celestina. Fernando de Rojas* (Madrid: Ediciones Akal, Colección Nuestros Clásicos, 1996), p. 88, n.10], así como las observaciones tan convincentes (que no excluyen mi lectura) que presentan Francisco Rico y Francisco J. Lobera en su contribución conjunta («El problema textual», CCVIII-CCXXXIX, en CCXXXVII-XXXIX) a esta recentísima edición: Fernando de Rojas (y «antiguo autor»): *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, edición y estudio de Francisco J. Lobera y Guillermo Serís et al. (Barcelona: Editorial Crítica, 2000). Para una lectura muy distinta en este tramo textual, acúdase a Donald McGrady: «Two Studies on the Text of the *Celestina*», *Romance Philology*, XLVIII.1 (August 1994), pp. 1-21, especialmente la sección segunda (Eras. Crato, Erasístrato, Seleuco and «El plebérico corazón»: An Explication), pp. 9-19.

²⁷ La mención de Erasístrato está relacionada con Seleuco Nicátor, uno de los generales y sucesores de Alejandro, casado con Estratónica. Su hijo Antíoco queda prendado de su madrastra y ocultando a todos sus sentimientos, cae enfermo e intenta dejarse morir. Desauiciado de los médicos y cuando está a punto de expirar, llega a su cabecera Erasístrato. El médico griego, que intenta hallar la causa de aquella dolencia, hace desfilar ante el enfermo, como visitantes, hombres y mujeres, con la intención de observar las reacciones fisiológicas que pueda presentar ante ellos. A la vista de Estratónica, ya sola o acompañada de Seleuco, Antíoco —nos cuenta Plutarco, tal vez siguiendo a Filareo, en la vida de Demetrios (cap. xxxviii)— mostraba siempre los síntomas «que canta Safo». Apercibido de la situación por Erasístrato, Seleuco renuncia a Estratónica para salvar la vida de su hijo [Vies, *Texte établi et traduit par Robert Flacelière et Émile Chambry* (Paris: Société d'édition «Les Belles Lettres», 1977), tome XIII, pp. 60-62, cita en p. 60]. Esta historia es recogida por

la causa de la desgracia que cae sobre él; su primer interés se centra en estar lo más lejos posible de su ira, sin detenerse en otras consideraciones que, a los pocos instantes, penetran su mente. Sus dubitaciones vienen adobadas con la socarrona mezcla de paremiología científico-popular («Asaz es señal mortal no querer sanar» [216]) y *sententiae* de neta procedencia médica («que oydo he dezir que es peligro abrir o apremiar las postemas duras, porque más se enconan» [217])²⁸. En marcha ya la parodia, Sempronio tiñe su interesada decisión de prestar ayuda al caballero echando mano a algunos dichos sentenciosos —al tiempo que los adultera— que pretenden infundir una falseada generosidad a su gesto:

Por otra parte, dicen los sabios que es grande descanso a los afligidos tener con quien puedan sus cuytas llorar, y que la llaga interior más empece. Pues en estos extremos en que estoy perplexo, lo más sano es entrar y sofrirle y consolarle, porque si possible es sanar sin arte ni aparejo, más ligero es guarescer por arte y por cura (217)²⁹.

Acaso esos sabios a que se refiere Sempronio pudieran ser, entre otros, Galeno, quien, si hemos de creer a Johannes Afflacijs (siglos xi-xii) en su *Liber de heros morbo*, advierte de lo oneroso de esta enfermedad. En efecto, el indiscutido intérprete de Hipócrates señala la conveniencia de aliviarla con la conversación de los allegados y bienquistos: «Colloqui —inquit— dilectissimis laborem a membris subtrahit», frase que calca a la perfección Sempronio (más

Sorano de Éfeso (Vita Hippocratis, cap. 13), Galeno —gran admirador de Erasístrato, de quien menciona algunas obras que no han llegado hasta nosotros— y también por Apiano (De cosmographia, Syria, pp. 59-61), Luciano (?) (De dea Syria, pp. 17-18) y Valerio Máximo (Dictorum factorumque memorabilium exempla libri IX, 5, 7, ext. 1), cuyo relato es la versión mejor conocida en la Castilla del siglo xv.

²⁸ La primera frase es refrán muy conocido que recoge Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) [ed. L. Combet (Bordeaux: Université de Bordeaux, Institut d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines, 1967), 54]. A este respecto incumbe señalar que se corresponde perfectamente con el *aforismo* 4, sección 5 del libro IV del tratado hipocrático *Epidemias*. En cuanto a la segunda, percibo también una fuerte semejanza con estos versos ovidianos: «Qui non est hodie, cras minus aptus erit. / Vidi ego quod primo fuerat sanabile vulnus / Dilatum longas damna tulisse moras» [Ovide. *Les remèdes à l'amour. Les produits de beauté pour le visage de la femme. Texte établi et traduit par Henri Bornecque* (Paris: Société d'édition «Les Belles Lettres», 1930), vv. 103-106, p. 13]. Resulta ser una festiva glosa del texto perteneciente a los *aforismos* 29 y 30 de la sección 2 de esta obra [Tratados hipocráticos, ed. Carlos García Gual et al. (Madrid: Editorial Gredos, 1983), I, p. 254] o al tramo final del apartado décimo del opúsculo hipocrático *Sobre el médico* [*Oeuvres complètes d'Hippocrate, traduction nouvelle*, ed. É. Littre (Amsterdam: Adolf M. Hakkert, 1982), IX, p. 217].

²⁹ En momentos de crisis como el que recoge este tramo de la obra, queda en evidencia, *ab absentia*, el espíritu que recogen estas palabras —que se hacen eco de un sentir popular muy antiguo— de Anselmo en una de sus *Epistolae*: «Vulgo solet dici quia amicus vel medicus in necessitate probantur» [*Opera omnia*, ed. Franciscus Salesius Schmitt (Edinburgh: Thomas Nelson and Sons, 1949), IV, e. 190, p. 275]. Sempronio no es ni lo uno ni lo otro, ya que verdaderamente encarna al criado desaprensivo denostado por la literatura moralista anterior a Rojas, y tan presente en su realidad extraliteraria [v. algunos de sus testimonios escritos en Ynduráin («Un aspecto», pp. 525-27), y sobre todo Márquez Villanueva: «La Celestina y el pseudo-Boecio *De Disciplina scolarium*», *Hispanic Medieval Studies in Honor of Samuel G. Armistead*, ed. E. M. Gerli & Harvey L. Sharrer (Madison: HSMS, 1992), pp. 221-242].

bien el anónimo, claro). Otro de los sabios sería Caelius Aurelianus, quien —a finales del siglo IV y principios del siguiente— ya había advertido sobre cuán necesario era un exquisito tacto en el trato con los afectados por la locura (cap. *De mania*). En cuanto a los criados del paciente, les recomienda que no cometan el yerro de consentir con todo lo que arguya su amo, corroborando sus fantasías y, así, aumentando el grado de su locura. Como contrapartida, deben evitar también el error de oponerse a todo lo que diga el paciente, pues aumentaría la severidad del ataque. Que unas veces finjan estar de acuerdo y simultáneamente les vayan dulcemente dirigiendo; en otras, corrijan indirectamente sus ilusiones, señalando dónde se halla la verdad³⁰. Así pues, situado ante un diagnóstico erizado de dificultades, Sempronio cuenta simplemente con un solo dato que le permita elucidar la situación: la locura de que da continua muestra el (involuntario) paciente, Calisto, quien lo confirma una y otra vez («No me engaño yo, que loco está este mi amo» [218]). Afortunadamente para el impostor, aquél acude en su ayuda cuando, catapultado hacia la esfera teológica y autodeclarado —no le duelen prendas al hacerlo— culpable de herejía («¿Qué a mí?»), entona las famosas palabras («Melibeo soy...»), inicio de un amoroso credo que se aprestará a ir salmodiando públicamente —para escándalo de Andreas Capellanus y sus incondicionales— frente a sus criados y, posteriormente, ante Celestina. Lo cual ha de producir un efecto opuesto al logrado por Dante —espléndido despliegue de pneumofantasmología erótica— al hacer de la Dama (*Vita nova*, soneto 21), *miracolo gentil* y receptora del espíritu que, salido del corazón, traspasa sus barreras a través de los ojos y boca del amante. Las palabras de Sempronio no pueden ser más brutales: «Como Melibea es grande no cabe en el corazón de mi amo, que por la boca le sale a borbollones» (220)³¹. Las del criado, por lo ofensivas, son palabras esenciales en esta coyuntura, por cuanto que abren los primeros compases de un orquestado ataque a la mujer en general y a Melibea en particular, a lo menos en dos frentes: el poético y el antropológico. En aquél, el drástico expolio y desvirtuación que como dama sufre Melibea, la despoja de la veste espiritual con que la ha adornado —tejida en la poética hilería de Apolo y Cupido, Sociedad Limitada— la ya multiseccular tradición occidental. El porfiado destejer instrumentado por la literatura misógina —tan laboriosa en esta cultura como su competidora— contribuirá a imponer, condi-

³⁰ Para Afflicus-Galeno, v. Mary Frances Wack: «The *Liber de heros* (sic) *morbo* of Johannes Afflicus and Its Implications for Medieval Love Conventions», *Speculum*, 62 (1987), pp. 324-44, cita en 328. Para Caelius Aurelianus: *On Acute Diseases and on Chronic Diseases*, ed. I.E. Drabkin (Chicago: Chicago UP, 1950), p. 543.

³¹ Para la noción de espíritu en Dante, v. el cap. 4 de la primera parte («Spirito peregrino») de Robert Klein: *La Forme et l'intelligible* (Paris: Éditions Gallimard, 1970), pp. 32-64. Para la acuñada visión de la mujer, en ciertos medios sociales, v. Gordon Poole: «Alle origini della concezione borghese della donna», *Idéologie*, 15 (1971), pp. 74-101; en su aspecto fisiológico, Michela Pereira: «Un trattato medievale sul corpo delle donne: il *De secretis mulierum*», *Memoria*, III (1982), pp. 15-18. Abundancia de datos en Reay Neal Tannahill en *Storia dei costumi sessuali* (Milano: Rizzoli, 1985), así como en su más actualizada versión *Sex in history* (London: Cardinal, 1989).

cionándola en su proceso, otra visión del eterno femenino, que es a la que se arrima la desconsiderada ofensa lanzada por el criado de Calisto. No me refiero ahora a la desarrollada por ciertos (des)tejedores tan caracterizados como son los teólogos y moralistas —tanto en la cátedra, civil y eclesiástica, como en el texto—, sino a los naturalistas, quienes, con Aristóteles como adalid, ganan la batalla. Este triunfo, a todos los efectos, comportará la definitiva imposición de la segunda visión, de suerte que, en su calidad de mecanismo fisio-sicológico, la hembra era considerada, respecto al varón, de todo punto inferior. Esta percepción, de cuya validez científica —no poética— nadie dudará un instante, se impondrá desde muy antiguo y, en Salamanca, despega su vuelo llevada por los vientos favorables levantados por el planteamiento de índole naturalista que se germina y rumia en el *studium generale* y corrillos adyacentes³².

* * *

En este momento, de valiosa significación en el Auto I, el accidental curador ha coronado una etapa que, aunque inicial en su improvisada praxis, no es de escasa importancia: el pronóstico que tan evidente se ofrece a su consideración es que la locura que aqueja a Calisto es una locura de amor³³. Resulta, por tanto, de toda evidencia —aunque esto no lo haya leído Sempronio en ningún sitio— que si no es fácil descubrir al amante levemente tocado por el amor, resulta juego de niños detectarlos cuando —y es ahora el verdadero Galeno el que tiene la palabra— «la melancolía o manía erótica hasta tal punto los ha alcanzado que cualquiera los puede reconocer [...] con sólo poder observar sus reacciones»³⁴. Comienza, pues, a partir de aquí, una nueva etapa —más larga y

³² A grandes rasgos, fue ya señalado por Stephen Gilman (*The Spain*, pp. 340-48), y algunos de sus pommenores han sido tratados al detalle por Cátedra en su *Amor y pedagogía*. Es importante a este respecto el último trabajo de Michael Solomon: *The Literature of Misogyny in Medieval Spain. The Arcipreste de Talavera and the Spill* (Cambridge: Cambridge Studies in Latin American and Iberian Literature, Cambridge UP, 1997).

³³ Conclusión perfectamente válida y que hacían suya los médicos, como recuerda y autoriza Bernard de Gordon con estas palabras: «E por esso en tanto es su cobdicia (la de los que sufren esta enfermedad) que se tornan locos» [*Lilio de medicina* (Sevilla: Meinardo Ungut y Estanislao Polono, 1495), libro II, cap. XX «De amor que se dize hereos», ff. 57v-58v, en 57v]. Contrapartida de esta escena es la que protagonizarán más tarde (Auto X) Celestina y Melibea y que estudio en mi «La enfermedad de Melibea», mencionada en n.19 *supra*.

³⁴ Cf. *De praenotione ad Posthumum*, en *Claudii Galeni Opera Omnia*, ed. Carolus Gottlob Kühn (Lipsiae: officina libraria Caroli Cnoblochii, 1821-32), XIV, cap. vi, pp. 630-35, que repite en *De cognoscendis curandisque animi morbis* (V, cap. vi, 26). El mismo Bernard de Gordon lo recuerda de esta manera: «E por aquesta manera conosco Galieno la passion de vn mancebo doliente que estaua echado en vna cama, muy triste & enmagreçido & el pulso era escondido & non ordenado & no lo queria dezir a Galieno. Estonçes aconteçio por fortuna que aquella muger que anaua passo delante del & entonçes el pulso muy fuerte mente & subita mente fue despertado. E como la muger ouo passado, luego el pulso fue tornado a su natura primera. E entonçes conosco Galieno que estaua enamorado. E dixo al enfermo: «tu estas en tal passion que a tal muger amas» & el enfermo fue marauillado commo conosco la passion & la persona» (*Lilio de medicina*, fol. 57v). Repite este

espinosa— del proceso de curación de la enfermedad, la terapéutica. Nuevo y flamante Galeno, Sempronio sentencia con el excelso príncipe de la medicina que «el comienzo de la salud es conocer ombre la dolencia del enfermo», y sin «arte ni aparejo» se dispone («[B]ien sé de qué pie coxqueas. Yo te sanaré»), *motu proprio*, a esta empresa. No sin que antes Calisto exprese sus dudas sobre la posibilidad de curación de la *aegritudo* que ocultaban sus alarmantes síntomas («Increíble cosa prometes» [220])³⁵.

Las palabras de Calisto traen de nuevo otra cuestión médica en que se fragua una ambivalencia falaz que obliga —en beneficio del lector actual— a replantearlas bajo la perspectiva asumida por el médico y el naturalista. La causa que provoca ese cacareado dolor que aqueja de forma tan despiadada y sostenida a Calisto, «filósofo de Cupido», al no desaparecer, hacía a la enfermedad incurable. O por lo menos así nos lo quiere hacer pensar el —para nosotros cómodo— vocero de esta difundida creencia, Francisco de Villalobos, de quien recabamos una vez más su ayuda en lo que toca a los enamorados:

Así que todas las causas (etiología) y señales (semiología) tienen de la alienación como las otras especies della, sino que están éstos más presos y más ligados a su locura, por cuanto enajenaron su voluntad y la captivaron en poder ajeno. De manera que los otros querrían sanar y buscan remedio para ello, *si no es extremada su locura*, y éstos no pueden sanar ni lo pueden querer; antes procuran con todas sus fuerzas de meterse más adentro en la pasión y confirmar su dolencia con mayores causas³⁶.

caso clínico —apropiándose y acicalándolo un tanto— Avicena en su *Canon medicinae* (Venetiis: Paganinus de Paganinis, 1507), lib. III, fen I, tract. iv, cap. xxiv, 190va. La noción de la pasión oculta —descubierta por un sirviente— encuentra su paralelismo en la poesía amorosa clásica, como atestigua, por ejemplo, Ovidio cuando hace decir a Cánace: «Prima malum nutrix animo praesensit anili; / prima mihi nutrix «Aeoli», dixit, «amas!» / erubui, gremioque pudor deiecit ocellos; / haec satis in tacita signa fatentis erant.» (*Heroidas*, XI, vv. 33-36).

³⁵ Estas palabras de Sempronio resumen el contenido del opúsculo hipocrático *Sobre la etiqueta*, especialmente los apartados cuarto y quinto, así como la parte final del apartado sexto de los *Preceptos* (*Oeuvres complètes d'Hippocrate*, IX, 231-35 y 259, respectivamente); se halla también en Galeno, *De morborum differentiis* (VI, 837) y asimismo en Séneca (libro III, epístola 29.9), que se la endosa a Epicuro: «“Initium est salutis notitia peccati”. Egregie mihi hoc dixisse uidetur Epicurus: nam qui peccare se nescit, corrigi non uult; deprehendas te oportet, antequam emendes» [*Sénèque. Lettres à Lucilius, tome I (livres I-IV)*, Texte établi par François Préchat et traduit par Henri Noblot (Paris: Société d'édition «Les Belles Lettres», 1976), p. 124]. El anónimo autor de la *Celestina comentada* dice (fol. 16r) que este aforismo está inspirado en la Epístola XIX de Séneca [Cf. *Fernando de Rojas. La Celestina*, ed. Dorothy S. Severin (Madrid: Cátedra Letras Hispánicas, 1994), p. 93 n.25]: más que error, me parece errata. Para la presencia de Séneca en el primer Auto, v. Louise Fothergill-Payne: *Seneca and Celestina* (Cambridge: Cambridge UP, 1988), especialmente 45-68 («3. The 'antiguo autor' as a reader of Seneca»); para la mencionada frase (perfectamente localizada), 54.

³⁶ *Comedia*, 489a. Por eso observa Sempronio: «Asaz es señal mortal no querer sanar» (216). La diferencia entre amo y criado es, a tenor de lo dicho por Villalobos, una cuestión de grado («Harto mal es tener la voluntad en un solo lugar cautiva», 221). Además, y como veremos a lo largo de la obra, Sempronio sabe muy bien lamer los dulces rasguños que le han propinado los (superficiales) zarpazos del amor: su perfecta curación es la pupila de Celestina, recordatorio constante de que debe

Esta incurabilidad a que alude Villalobos, generada por la recalcitrancia del propio paciente, contaba con una larga tradición entre los médicos. Avicena advierte que si esta enfermedad es habitual, es completamente incurable y vuelve a los enfermos hécticos, imbéciles, necios y algunas veces tan salvajes que se convierten en licántropos o se suicidan. Su acólito montepesulano nos asegura que «[l]a pronosticación es tal que sy los hereos non son curados caen en mania o se mueren»³⁷. Esta noción priva asimismo entre los poetas, como acreditan, entre otros muchos, Ovidio y Tibulo. La desesperada Enone —nos cuenta el primero— expresa este sentir al lanzar esta queja: «Me miseram, quod amor non est medicabilis herbis! / Deficior prudens artis ab arte mea». Tibulo, por su parte, narra que Apolo (Phoebus), padre e inventor de la medicina, al no curarse a sí mismo, fue acusado de desconocer el remedio que le liberara de la pasión que sentía por Dafne: «Y no logró aliviar sus males con las hierbas medicinales; todo remedio médico le había sido conjurado por Amor»³⁸.

Ante las razones expuestas por tantas y tan excelsas *auctoritates*, no debiera ser motivo de sorpresa para el lector actual que aquella *aegritudo amoris*, en la percepción general de la época, se presentara como incurable. El aparentemente justificado escepticismo de Calisto —lecturas mal digeridas—, pese a dar otra muestra de masoquista *vocación de sufrimiento* («¿Cuál consejo puede regir lo que en sí no tiene orden ni consejo?» [220]), nos permite, no obs-

evitar toda situación difícil que ponga en riesgo su vida: «Aunque por al no desease vivir sino por ver mi Elicia, me debería guardar de peligros» (216). Ello le lleva a recomendar a Calisto, muy obtusamente: «Haz tú lo que bien digo y no lo que mal hago» (221).

³⁷ Para Avicena, *Canon*, lib. III, fen I, tract. iv, cap. xxv «De cura», donde se hace referencia al cariz diabólico que presenta esta enfermedad (190vb); para Bernard, *Lilio de medicina*, 57v; también Vasco de Taranta: *Philonium aurem ac perutile opus practice medicine opera dantibus: quod Philonium appellatur* (Lugduni: S. de Galiano, 1535), liber Primus, cap. xi «De amore hereos», fol. 23v. La advertencia final de Avicena justifica la actitud primera de temor por parte de Sempronio, quien al comprobar la extraña conducta de su amo («¿Qué cosa es?»), ser despedido destempladamente («¡Ve con el diablo!»), obedecer al instante («Iré, pues solo quieres padecer de tu mal»), cree que es obra del demonio («No creo, según pienso, ir conmigo el que contigo queda», 221). Así lo cree también Celestina respecto a la enfermedad de la mujer de Cremes («Por aquí anda el diablo aparejando oportunidad, *arrezando el mal a la otra*» [Auto IV, 305]). La intervención del Diablo (etiología demoníaca) en la causación de todo tipo de enfermedad es creencia profundamente enraizada en (muchos) cultos e ignorantes durante la edad media europea y en épocas posteriores. En el dominio de la *aegritudo animi* y la sexualidad, la impotencia, la frigidez y la esterilidad eran percibidas como sus más frecuentes manifestaciones.

³⁸ Para Ovidio, *Heroidas*, V, 149-50; asimismo en *Metamorphosis*, donde al narrar los mismos amores también hace decir a Phoebus: «inventum medicina meum est, opiferque per orbem / dicor, et herbarum subiecta potentia nobis. / ei mihi, quod nullis amor est sanabilis herbis / nec prosunt domino, quae prosunt omnibus, artes!» (I, 521-24). He aquí cómo reza el texto original de las *Elegias*, libro II, iii, 13-14: «nec potuit curas sanare salubribus herbis; / quicquid erat medicae uicerat artis amor» [*Tibullus: Elegies*, ed. Guy Lee (Leeds: Francis Cairns Publications, 1990), 54]. Finalmente, ver el ejemplo ofrecido por *Flamenca* (s. XIII) en n. 16 *supra*. Para una visión histórica del mutuo abrazo que funde a poesía y medicina, v. John Benton: «Clio and Venus: An Historical View of Medieval Love», *The Meaning of Courtly Love*, ed. F.X. Newman (Albany, N.Y.: New York State UP, 1969), pp. 19-41.

tante, columbrar —a través del uso de estos tecnicismos médicos— su nada desvanecida esperanza de conseguir su objetivo. Un objetivo —la posesión carnal de la amada— que la convención cortés había situado fuera del alcance del genuino amante, haciéndose voluntariamente inaccesible y generador de acrecentado sufrimiento. Por ello, Sempronio —que se ve a sí mismo como médico y paciente del mismo achaque que aqueja a su amo— no se amilana y tomando en volandas y como punto de partida la mencionada sentencia hipocrática, se apresta a ingeniar su personal consejo médico. Nada le importa que pocos instantes antes Calisto se haya negado a escuchar a nadie («Mas, puesto que entre, no quiere consolación ni consejo» [216]), puesto que ahora sabe que el escabroso terreno que comienza a pisar su amo es el mismo que viene pateando él mismo desde hace algún tiempo. Y naturalmente que conoce a la perfección esta «dolencia» que enferma a Calisto, ya que el criado —así lo manifiesta de forma sesgada— la padece («¿Como si solamente el amor contra él asestara sus tiros!» [220]). Al poner en boca de Sempronio esta última frase, se está rebajando, por inferencia, el valor asignado no sólo al ritual cortés, sino asimismo a la verdadera esencia del sentimiento que aparentemente sobrecoge a Calisto: amo y criado padecen el mismo mal. Por lo menos, así lo piensa este último. No me parece casual o carente de intencionado móvil el hecho de que en este momento de la obra quede drástica y brutalmente expresada una rotunda formulación ideológica, oculta tras la conducta de Calisto y Sempronio: el *amor hereos* de heroico no tiene nada; la *concupiscentia* iguala al amo con el criado. Lo cual viene a significar que esos «movimientos primeros» que condicionan la conducta de ambos rompen con su fuerza la que sostiene la establecida verticalidad jerarquizante que impone el puesto que corresponde a cada uno en la sociedad de que forman parte³⁹. El dominio fáctico de la *cupiditas* acarrea el desplome que sufre esta *scala socialis*, y viene a ser especie de sísmica abolición de todos los elementos de soporte que la infundían sentido ético-político. Su actuación produce —como resultado concluyente— la radical reducción de todos los miembros que habitan el edificio social a meros mecanismos fisiológicos sometidos a las mismas leyes fisiátricas. Sus diferencias individuales serán las marcadas por la intensidad con que esta ley opere en cada uno. Tal propuesta, que despoja al individuo de todos aquellos condicionamientos que le hacen encarnarse a sí mismo como el animal político aristotélico por antonomasia —el «congregable animal» de Luis de Lucena—, no se pre-

³⁹ Así lo ve también Antony van Beysterveldt: «La adulteración del amor cortés en *La Celestina*», *La Corónica*, 4 (1975-76), pp. 17-18, aunque no puedo estar de acuerdo con su idea de que Rojas inflinge un deliberado ataque a la nobleza, partiendo de consideraciones de tipo sociológico y fundadas en la calidad de converso resentido de Rojas [«Nueva interpretación de *La Celestina*», *Segismundo*, 11 (1977), pp. 87-116]. Resentido o no, nuestro autor se limita —en mi sentir— a permitir la entrada de ideas, por boca de sus personajes, que no son necesariamente de su propia cosecha. Aunque en distinta clave poética, de forma semejante lo ve Ricardo Krauel: «Amor de nobles, amor de plebeyos: análisis de dos episodios de *Celestina*», *Anuario Medieval*, 6 (1994), pp. 127-38.

senta en un vacío especulativo surgido por generación espontánea. En efecto, viene introducida, casi de inmediato, por las esclarecedoras palabras de Sempronio, fiel expositor —y factotum— de la gran *fallacia aequivocationis* que se va configurando con lentitud y presidiendo el resto de toda esta escena: «¡O soberano Dios, cuán altos son tus misterios! ¡Cuánta premia pusiste en el amor, que es necesaria turbación en el amante!» (220).

No puede ser más patente, por lo palmario de su enunciación, la indudable alusión que estas palabras hacen a un cierto opúsculo naturalista que gozaba de considerable acogida entre la población docente y discente del estudio salmantino en el mismo momento en que aparece el primer acto de la *Comedia*. Me refiero al que lleva por título *Tratado de cómo al hombre es necesario amar*, escrito donde, además de ponderar la gran fuerza y poder de que está dotado el amor —tópico más que manido en todas las fenomenogías que lo han hecho suyo: *omnia vincit amor*—, su anónimo autor dispone como de rigor que el «que propia e verdaderamente ama que algunas vezes se turbe», es decir, se vuelva loco (o lo parezca)⁴⁰. Muy bien podría pasar por serlo en la estimación de teólogos, filósofos, moralistas y confesores, puesto que éstos consideran que se da, en el término *amor*, una bivalencia semántica bien establecida, si bien desazonadora: como inclinación del instinto, *concupiscentia* natural; como deseo, *cupiditas* no necesariamente natural. Fuera del campo directo de aquéllos, esta percepción autorizaba y era consecuencia de la coexistencia dialéctica —mirándose cara a cara— de dos formas de concebir y expresar literariamente lo erótico: la lícita y la condenable. Si entendemos por la primera la que empecinadamente rehúsa satisfacer, furtiva o legalmente, las urgencias carnales despertadas por la alianza concatenativa *concupiscentia-cupiditas* —configuradas como se ha dicho anteriormente—, nos damos de bruces con la que, pongamos por caso, encierra en su seno, alguna aspereza todavía por limar aparte, la obra de Diego de San Pedro⁴¹. En cuanto a la segunda, atizada —pese a todo— por la sostenida brisa levantada por la condena eclesiástica, va ganando sus cada vez más numerosos adeptos, entre la clerecía laica y coronada, en aulas y corredores universitarios. El grado de pecaminosidad que los siglos anteriores

⁴⁰ *Del Tostado sobre el amor*, ed. Pedro M. Cátedra (Bellaterra: Stelle dell'Orsa, 1986), texto en pp. 7-68, cita en p. 10. Ésta formaría parte de una falange de obras que constituyen el núcleo de lo que Pedro M. Cátedra ha querido rotular «naturalismo amoroso universitario» (*Amor y pedagogía*, pp. 11-14 y 62). Todos estos tratados ilustran con hartura el interés que por estas cuestiones se sentía no sólo en la corte de Juan II, sino también en la de Isabel y Fernando. En ellos se baraja también la carta de la medicina como componente —otro más— esencial en la consideración de la experiencia erótica. Que no hay que ver como movimiento ideológico monocorde, sino fértil reserva donde es fácil encontrar múltiples variaciones sobre el mismo tema: el amor. En este orden de cosas, *La Celestina* revela una deuda insoslayable respecto a alguno de estos textos.

⁴¹ D. W. Robertson ha mostrado cómo la exégesis medieval del término *amor* produjo una confusión entre *caritas*, *cupiditas*, *luxuria* y *fornicatio*, propiciada fuertemente por la misma literatura de ficción, que ve las enormes posibilidades lúdicas a que invita esta ambigüedad [A *Preface to Chaucer: Studies in Medieval Perspectives* (Princeton, N.J.: Princeton UP, 1962), pp. 36-37]. Ver lo dicho por Keith Whinnom para la primera dimensión (*Cárcel de amor*, pp. 24-25).

habían insuflado en su interior va disminuyendo con rapidez, diluyéndose —al mesurado trotecillo del tiempo— el filosófico condicionante que la razón teológica había endosado a la tamizada noción (aristotélica) de *cupiditas*. En otras palabras, la operación de rescate consistía en restituir, apropiándose, la pureza primigenia de la *cupiditas* como obligado paso —constantemente deseado como franco— que debe tomar la *concupiscentia* para zambullirse en las vivificadoras aguas de la *delectatio*, su insoslayable meta final, sin otras contemplaciones⁴². Lo cual, históricamente, no hacía más que continuar —ahora ya con inusitado esfuerzo— la empresa especulativa de liberar la asediada plaza fuerte donde una avanzadilla del pensamiento naturalista —de difícil calibración— defendía desesperadamente la validez de un concepto de Naturaleza cuyo proceso evolutivo se había iniciado nada menos que a partir del siglo XII. Los sitiados querían recordar con denuedo que aquella era simplemente un magno cosmos ontológico, infundido de un orden (*ordo naturalis*) en el que cada ente tiene su lugar y, sobre todo en el humano vivir no era otra cosa que —y esto lo había dicho Tomás de Aquino— «esse in tali natura», es decir, atenerse a su norma y alcanzar una «veritas vitae» sí, pero muy distinta de la deseada por el Aquinense⁴³. Su fin especulativo reside en despojarla de todo nocivo aditamento intelectual que pueda adulterarla, de suerte que sus cultivadores alcancen la meta que corone su orquestado esfuerzo: plantarse, sin lastre alguno, ante la ansiada *prisca philosophia*. De esa búsqueda, erizada de obstáculos —haciendo camino por las ya frecuentadas sendas de la ironía y la parodia—, se perciben iluminadores destellos en obras tan conocidas ya en nuestra actualidad como pueda ser el *Tratado de cómo al hombre es necesario amar*, traído a plaza por el primer autor en este punto del primer Auto⁴⁴.

⁴² El tipo de operación a que me refiero viene explicitada, por ejemplo, en el *Breviloquio* magdralino, donde —en su primera proposición— además de describir al amor como «un grande agujijón de delectación», se aporta la tan manida definición («inclinación natural para engendrar a nos cosa semejante»), que entra en plaza acompañada de la *auctoritas* «de Aristóteles et de Séneca et de los otros sabidores». Hay en la visión del futuro obispo de Ávila, —y son certeras palabras las de Cátedra— «un desarrollo del pensamiento de Aristóteles, flanqueado por una ortodoxia escolástica que moderaría posiciones heterodoxas a que una y otra vez diera lugar la doctrina del Filósofo» (*Amor y pedagogía*, p. 41). Es de esa ortodoxia de corte teológico y controlada por la moralidad establecida de la que, precisamente, aspira a desembarazarse ese naturalismo académico.

⁴³ *Summa theologica*, 1.18.2 y 2.109.2, respectivamente. Este autor había establecido de modo magistral una estrechísima relación entre naturaleza y vida, entre vivir y la capacidad intrínseca de cada ser para moverse o dirigirse hacia su propio fin, siguiendo el cauce ofrecido por el imperante aristotelismo, del que se nutren todos. Sin embargo los médicos —o algunos de ellos— toman un derrotero distinto en su —en muchos casos— percepción de la idea aristotélica resumida en la frase: «la vida del hombre consiste en la felicidad». Son ellos quienes interpretan este pensamiento aristotélico de la forma en que lo manifiesta, por ejemplo, Constantino Africano, que ha de verse transcrito en la palabra de Bernard de Gordon de esta manera: «Que commo dize el Beatico, que assy como la felicidad es vltimo escogimiento, assi hereos es vltimo deleyte» (*Lilio de medicina*, fol. 57v).

⁴⁴ Este tratado potencia en extremo el concepto de *delectatio* ignorando totalmente la definición teleológica tradicional —que no rehúyen los médicos necesariamente— de los moralistas. A la gestación de este espíritu contribuía un factor importante, la calle, continuación de la atmósfera vi-

Si tras este elongado *excursus* regresamos a las siguientes palabras de Sempronio, podremos comprobar en qué consiste —por si no lo supiéramos a estas alturas— la «turbación» de Calisto. Valiéndose de un símil tauromáquico, el circunstancial moralista y servidor de Calisto identifica la ruptura de los límites de la razón, destruidos por la locura de los amantes, con el sufrimiento experimentado en la lidia por los alanzados toros. En definitiva, el desenfrenado deseo por la hembra —el «grande aguijón de delectación» de nuestro buen Tostado— es el responsable (y la meta) de aquella desastrada conducta del demente enamorado:

Su límite (el del amor) pusiste a maravilla. Parece al amante que atrás queda. Todos pasan, todos rompen, pungidos y garrochados como ligeros toros. Sin freno saltan por las barreras. Mandaste (Dios) al hombre por la mujer dejar el padre y la madre; ahora no sólo aquello, mas a ti y a tu ley desemparan, como ahora Calisto; del cual no me maravillo, pues los sabios, los profetas, por ellas te olvidaron (221)⁴⁵.

Llegamos a una zona de la obra que ha sido objeto de constante abordaje por parte de la crítica de todos los tiempos. Y lo ha sido por cuanto es ésta presa fácil en la medida que gira su contenido en torno al debate feminista tradicional, que aquí sirve de motivo al autor para un paródico despliegue de sus características. Éstas, en algunas ocasiones, se han percibido como frívola muestra de solaz literario por parte de su autor; en otras, su indiscutible actitud misógina se ha visto restringida a esta instancia de su texto. Que de frívola no tiene nada la obra de Rojas y que la extensión de esa misoginia la aplica a su totalidad es apreciación personal que ni es nueva ni encuentra, en ésta, oportunidad apropiada de despliegue amplio y pormenorizado⁴⁶. En todo caso, las connotaciones que genera el rápido y cortado diálogo que se entabla entre Calisto y Sempronio superan las aparentes limitaciones a que se verían sometidas, in-

vencional universitaria, sobre todo en ciudades castellanas como Salamanca. De la incidencia socio-demográfica de este vector, referido a *La Celestina*, acúdase a F. Márquez Villanueva: *Orígenes y sociología*, de modo especial en pp. 124-37, páginas de las que quiero entresacar lo siguiente: «Pero las prédicas y condenas de la lujuria universitaria se recibían (donde existieron) con ánimo de quien escucha llover, y nunca desembocaron, que sepamos, en medidas desesperadas, ni menos aún en tragedias de ninguna clase» (p. 136).

⁴⁵ La falacia que generan las líneas procedentes del mencionado tratado consiste en que —como bien ha hecho notar Cátedra— no son *todos* «los sabios» y «los profetas», sino, simplemente, unos cuantos (*Amor y pedagogía*, pp. 120-23).

⁴⁶ La patente misoginia de la obra fue perfectamente captada —y defendida oblicuamente— por un jurista avecindado en la Granada de la segunda mitad del siglo XVI [v. Peter E. Russell: «*The Celestina comentada*», *Medieval Hispanic Studies Presented to Rita Hamilton*, ed. Alan D. Deyermond (London: Tamesis, 1976), pp. 175-93. La edición crítica de este importante documento (BNM, ms. 17.631, 201 ff., c. 1550), obra póstuma de Louise Fothergill-Payne en colaboración con Enrique Fernández Rivera y Peter Fothergill, verá pronto la luz en las prensas de la Universidad de Salamanca, «Textos recuperados».

trínsecamente, si sólo encarnaran el mensaje encerrado en *topos* tan manido como el que introducen. Y ello será a condición que restituyamos este diálogo al rigor perspectivista de que —dentro del marco médico— hemos querido dotar a nuestra indagatoria exploración. No es tampoco nueva en esta plaza de la crítica celestinesca, ya que, años atrás, fue emprendida por algunos críticos, que columbraron con acierto el entreverado paródico que permite detectar la burlesca praxis médica instrumentada por Sempronio en esta escena de la obra⁴⁷. Claro que los primeros auxilios prestados en el depauperado botiquín de urgencia de Sempronio no hacen más que desenmascarar la errada vía terapéutica que ha de iniciar el criado, paso previo a la irrupción en escena —y lo anticipo— del médico experimentado (Celestina), que logrará sanar a su amo. Tampoco, en otro orden de cosas, deben ocultar la presencia de un principio fundamental de carácter científico —tomado como inquebrantable— que ahora simplemente nos limitaremos a enunciar: la intrínseca inferioridad de la hembra respecto al varón, manantío de donde brota la corriente misógina que alimentan otros arroyuelos ideológicos —¿«deleitables fontecicas de filosofía»?— que han de aumentar su caudal⁴⁸. Nos las habemos, pues, con Aristóteles, simultáneo arquitecto y piedra angular que fabrica y sostiene el edificio donde la filosofía natural alberga —haciéndolo su hogar en el medioevo tardío— la noción científica que crea intelectualmente la realidad ontobiológica y fisiológica de la mujer. Sin contar, por supuesto, con la opinión de Galeno —remachada por Avicena—, que tanta mano muestra en aparejar la concepción científica del médico de la época. El contundente martilleo sobre esta cuestión (devenida ya bio-ética) que lleva a cabo el itálico —quien releva en esta tarea a su maestro directo, Alberto Magno, ambos fervientes seguidores de la obra biológica del Filósofo—, remata la afirmación de que, en el proceso de generación, el semen masculino es el principio efectivo (y activo), siendo el (principio) de la mujer el pasivo, que simplemente se limita a contribuir con una *materia* so-

⁴⁷ Ver n.5 *supra*. Por su parte, Solomon me permite ahorrar espacio impreso, en cuanto a la próxima fase se refiere, cuando dice: «He (Sempronio) frankly identifies Calisto's illness as a love of Melibea which has captured his will, and he proceeds to warn Calisto of the dangers and inconveniences of women» («Calisto's Ailment», p. 46).

⁴⁸ De poco servía ya, cuando se atisbaba el naciente siglo, la elocuente defensa que de la mujer había pergeñado, en los primeros años del anterior, Christine de Pizan (1364-1430) en su *Epistre au dieu d'amour*. Tanto el autor del *Ecclesiasticus* (25:22-26) como los teólogos (Tomás de Aquino, Alejandro de Hales, etc.), unos con sus imprecaciones y otros con sus elucubraciones filosóficas, habían saldado indeleblemente la identificación de la mujer con el mal («Ésta es la mujer, antigua malicia que a Adán echó de los deleites del paraíso», dirá Sempronio). Tomás llega a afirmar que, por naturaleza, la hembra «minoris virtutis et dignitatis quam vir [est]» y que «mulier esset futura viro in occasionem peccati», y otras lindezas del mismo jaez (*Summa theologica*, 1a.92,1). Llega incluso a ser el impulsor de la propagada noción de que la mujer es uno más «aliorum monstruorum naturae» (*De veritate*, 5, 9d.9), especie que alcanza —incólume— el siglo XVI y toca incluso a médicos famosos. Ver, para Agustín de Hipona y Tomás de Aquino, K. Elisabeth Børresen: *Subordination and Equivalence. The Nature and Role of Women in Augustine and Thomas Aquinas* (Washington: UP of America, 1981).

bre la que actúa el semen masculino para dar lugar a la procreación. Puesto que la acción del macho y de la hembra eran diferentes en aquel proceso, se sigue la conclusión de que son necesarios los dos sexos y las dos operaciones por ellos desempeñadas, si bien el poder generativo de la hembra es siempre imperfecto comparado con el del macho. Algo semejante a lo que sucede con las artes —y sigo todavía muy de cerca al Aquinense—, ya que la inferior aporta una cierta disposición a la materia, mientras que la superior la infunde forma: de esta suerte la virtud generativa de la mujer prepara la materia, la cual es, *ipso facto*, dada forma por la virtud activa del macho⁴⁹. Ningún esfuerzo suponía tampoco a los (filósofos) naturales que curiosean por sus múltiples alcobas admitir la aserción —presentada por el Estagirita como incontestable *hecho* científico— de que las mujeres eran no sólo intelectual, sino también moralmente inferiores a los hombres. El lógico corolario que se imponía —*a fortiori*— era que la dominación masculina se alzaba como imperioso dictado de la voluntad de la Naturaleza; la aspiración de hacer valer un pretendido principio de igualdad entre hombres y mujeres constituía un grave atentado —que también denuncia su latino intérprete, el de Aquino— contra los intereses del individuo (el hombre, claro) y la comunidad⁵⁰.

⁴⁹ Váyase, para los conceptos que he resumido al máximo, al Aristóteles de *Historia animalium*, 608B; *Política*, 1.2, 1252B; *De generatione animalium*, 728A.17-730B.25. Galeno, que basa su pensamiento en la fuerza de la *enantiosis* existente entre los dos miembros del binomio *calor/frío*, concluye que la mujer, por ser de compleción más fría que el hombre, es inferior a él (*De usu partium*, 14.6-12, IV, 512-702; *De locis affectis*, lib. VI, cap. v, VIII, 417; y en múltiples instancias en *De semine* y *De foetuum formatione*, IV, 512-651 y 652-702, respectivamente). Para las diferencias entre ellos, v. Anthony Preus: «Galen's Criticism of Aristotle's Conception Theory», *Journal of the History of Biology*, 10 (1977), pp. 65-85; y Michael Boylan: «The Galenic and Hippocratic Challenge to Aristotle's Conception Theory», *Ibid.*, 17 (1984), pp. 83-112]. Alberto, en su espléndido comentario a la sección biológica del Aristóteles naturalista, aunque recoge la teoría galénica de los dos *semina* («*spermatis nomen non habet nisi aequivoce*»), se escora hacia la banda aristotélica, afirmando que el femenino carece en la generación de la virtud causal y formal propias del masculino (*De animalibus libri XXVI*, 9.2.3 y 15.2.4-11). En cuanto a Tomás: «Unde relinquatur quod tota virtus activa sit ex parte maris, passio autem ex parte foeminae: propter quod in plantis, in quibus utraque vis commiscetur, non est distinctio maris et foeminae. [...] [E]t ideo sicut in artibus ars inferior disponit materiam, ars autem superior inducit formam [...] ita etiam virtus generative foeminae praeparat materiam; virtus autem activa maris format materiam praeparatam», *Summa theologica*, 3a.32, 4 («Operatio agentis et patientis»)].

⁵⁰ Tomás se hace también de la dimensión ético-política de este pensamiento del maestro griego: «Defuisset enim bonum ordinis in humana multitudine si quidam per alios sapientiores gubernati non fuissent. Et sic ex tali subiectione naturaliter femina subjecta est viro, quia naturaliter in homine magis abundat discretio rationis» (*Summa theologica*, 1a.92, 2). Ver la excelente síntesis de Anthony J. Lisska: *Aquinas's Theory of Natural Law: An Analytic Reconstruction* (Oxford/New York: Clarendon Press, 1996). De las características que definen ciertas relaciones femeninas ha tratado Alan D. Deyermond: «Female Societies in *Celestina*», *Fernando de Rojas and Celestina*, pp. 33-78, y «Hacia una lectura feminista de *La Celestina*», «*Célestine*». *Comedia o tragicomedia de Calisto y Melibeá. Actes du Colloque International (29-30 Janvier 1993)*, ed. Françoise Maurizi (Caen: Université, s.a. [1995]), pp. 59-86; de las dificultades de algunos de los personajes femeninos de *La Celestina* para, en rebeldía, forjar su propio mundo nos ha hablado Dorothy S. Severin: *Witchcraft in Celestina* (London: Papers of the Medieval Hispanic Research Seminar 1, Dept. of Hispanic Studies,

En estos principios fundamentales de aceptación tan extendida se basará, pues, el proceso curativo que el criado intentará desplegar —tomando la *via philosophorum*—, al echar mano de los recursos a su alcance. Sempronio es, a partir de este momento, sumiso y escueto portavoz de esta opinión, de la que no recela dar muestra de inmediato cuando, ante las protestas de Calisto («¿Qué me reprobas?»), le echa en cara y recrimina su nada varonil actitud ante Melibea («Que sometes la dignidad del hombre a la imperfección de la flaca mujer» [222]). Se entabla así un dialéctico debate de tono festivo y hasta grotesco, que nada tiene de doctrinal y sí mucho remeda la ya entonces bien conocida anécdota de la trifulca sostenida entre el griego y el romano, que tan jocosamente había regalado el Arcipreste de Hita a sus oyentes y lectores⁵¹. Ante la recalcitrancia de Calisto («¿Oyste qué blasfemia? ¿Viste qué ceguedad?» [222]), su criado no puede reprimir su contenida ira —con grosero toque de odio clasista— y se dispone a buscar la apropiada gratificación oral que le brinda el momento, desencadenando un encendido careo con su amo. En este festivo duelo —en el que queda diluida totalmente toda la seriedad del debate académico— Sempronio no desdeña la oportunidad de someter a su amo a una festiva sesión de flagelación verbal en que, sacando a relucir algunos trapillos sucios de herencia familiar («Lo de tu abuela con el ximio, ¿fablilla fue?» [224]), quedan malparados tanto la honra como el orgullo de Calisto.

Ante la arrogante contraofensiva de su señor («¿Maldito sea este necio y qué porradas dice!»), Sempronio se siente herido en su amor propio, adopta un aire de empinada autoridad en la materia y, finalmente, despliega —sin ningún éxito— la que le ofrecen en bandeja de plata las genuinas *auctoritates*. En efecto, los conocidos parlamentos —tríptico denostatorio femenino— que Sempronio va labrando a continuación («Lee los historiales, estudia los filósofos...» [224-28]) se revelan como esenciales para la empresa que él mismo se ha asignado momentos antes, ya que representan el momento en que se inicia una nueva fase clínica. Viene caracterizada esta etapa por la utilización de una variante terapéutica bien conocida de todos, la logoterapia, y un contenido doctrinal, el que avalan los nombres de los *auctores* que lo ungen y canonizan, de tan variada procedencia («Gentiles, judíos, christianos y moros, todos en concordia están» [225])⁵². Por añadidura, había de tenerse presente —y esto bien lo sabían

Queen Mary & Westfield College, 1995); v. objeciones en Manuel da Costa Fontes: «Female Empowerment and Witchcraft in 'Celestina'», *Celestinesca*, 19.1-2 (1995), pp. 93-104.

⁵¹ Una muestra paródica más de las muchas de que se apropia la pluma del bachiller —no el ánimo y primitivo—, en la que se puede percibir una soterrada crítica de la búsqueda de la verdad y la virtud, no tanto en cuanto empresa teleológica *per se*, sino por la *forma* (falsamente racionalista) en que se intenta llevar a cabo. Ver, a este respecto, lo que ha intentado ilustrar —salvados ciertos baches y reparos— Elena Gascón Vera: «The Go-between of Knowledge: Socrates as the Subtext of Wisdom in *La Celestina*», *Anuario Medieval*, 4 (1992), pp. 138-66.

⁵² Entre otros tratados de *reprobatio amoris* que inciden en el primer Auto y en el resto de la obra de Rojas, no debe olvidarse el que escribe en 1446 Aeneas Sylvius Piccolomini, *De amoris remedio*, que alcanzó una gran difusión en los últimos años del siglo xv y primeros del siguiente. Hubo

los médicos letrados, no Sempronio— que Galeno se enorgullece de haber curado muchas enfermedades corporales apaciguando las perturbaciones anímicas sólo con remedios físicos, invenciones sutiles y también con sabios consejos, que son —dice— «los remedios del alma enferma»⁵³. Así pues, la praxis instrumentada por Sempronio no se aleja nada, en principio, de lo recomendado por la ciencia médica, de manera especial por cuanto y como lo estima Bernard de Gordon en la primera fase de la cura del *amor hereos* que incluye en su *Lilio de medicina*:

O este paciente esta obediente a la razon o no. E si es obediente, quiten lo de aquella falsa opinion o ymaginacion algund varon sabio de quien tema & de quien aya verguença *con palabras y amonestaciones*, mostrandole los peligros del mundo & del dia del iuyzio & los gozos del parayso⁵⁴.

Claro que ni la tozudez de Calisto —«firmeza» lo llama él mismo— ni la *sapientia* que encarece el prestigioso y sesudo profesor de Montpellier y de la que carece totalmente el cazurro criado castellano, hacen viables las mismas circunstancias que señala este texto. Sempronio dista mucho de ser sabio varón y, por cima de todo, individuo a quien su amo respete y considere, como atestigua la escena que estamos presenciando. Lo cual, por otra parte, no distancia este remedio casero de aquellos que se dispensaban como paliativos —nunca curativos— en el medio social en que se mueven amo y criado y que menciona Bernard. De suerte que nuestro pseudogaleno cae —cegado momentáneamen-

una traducción castellana (*Tratado muy provechoso de remedios contra el amor deshonesto*), editada en 1495 o 1496 junto a la *Estoria muy verdadera de dos amantes Euralio Franco y Lucrecia Senesa* (1444) en Salamanca. Para la hipotética relación de Rojas con esta traducción y otras cuestiones vinculadas con su obra, v. Keith Whinnom: «The *Historia de duobus amantibus* of Aeneas Sylvius Piccolomini (Pope Pius II) and the Development of the Spanish Golden-Age Fiction», *Essays on Narrative Fiction in the Iberian Peninsula in Honour of Frank Pierce*, ed. Robert B. Tate (Oxford: Dolphin Book Co., 1982), pp. 243-55.

⁵³ *De praenotione ad Posthumum*, XIV, cap. vi, 630-35. La misma idea viene expresada por Esquilo, quien afirma que «cuando el alma está enferma, las palabras son el mejor médico» (*Prometeo encadenado*, v. 380). En cuanto a la logoterapia, v. Pedro Laín Entralgo: *La curación por la palabra en la antigüedad clásica* (Madrid: Revista de Occidente, 1958), especialmente, pp. 199-241; Luis Gil: *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico* (Madrid: Ediciones Guadarrama, Crítica y Ensayo 50, 1969), pp. 217-28. Como construcción verbal, la logoterapia se configura según las leyes intrínsecas que condicionan su gramática, dialéctica y retórica.

⁵⁴ *Lilio de medicina*, fol. 58r. Siguiendo dócilmente a Avicena —lo hace también Bernard—, Villalobos lo confirma en el sexto remedio que compone su decálogo terapéutico: «Y sexto, que amigos y nobles parientes / y hombres prudentes y de autoridad / con sus oraciones le hagan presentes / los muchos peligros, los inconuenientes» (*Sumario*, p. 41). Claro está que todos ellos siguen a Galeno, quien afirma que «no debemos dejar esta tarea a cualquiera, sino a hombres ancianos que gocen de fama de buenos y nobles» (*De cognitione curandi animi morbis*, V, cap. vi, 30). Nótese la sutil diferencia que se da entre Bernard y Francisco; aquél propone sin ambages un remedio terapéutico que nada tiene que ver con la patología, tal como la concebía el naturalista o el médico racionalista *par excellence*; Villalobos, más escéptico, elude parcialmente este compromiso por omisión, es decir, silenciando los peligros «del día del iuyzio & los gozos del parayso» de Bernard.

te por su plebeyo amor propio— en el error de instrumentar un consejo cuya eficacia bien podía ponerse en entredicho. En efecto, viene a traducirse en el mismo error en que incurrían asimismo, con excesiva e incómoda frecuencia, muchos médicos —todos ellos letrados— ante caso clínico similar. En otras palabras, el correlato enunciado por la realidad extratextual mostraba, sin ningún paliativo, que el *remedium amoris* se había transmutado en prédica, en extemporáneo sermón; esta medida terapéutica, tanto más desprestigiada cuanto menos seguida por el enamorado, se presenta más bien como recurso propio de la *reprobatio amoris* del predicador, y por lo mismo inútil en razón de su ineficacia. En la realidad de ficción que entretejen amo y criado, de nada valen tampoco las máximas autoridades de escritadura de tal jaez que éste pueda esgrimir, incapaces de disipar el padecimiento del primero. En efecto, el error de Sempronio reside, al fin y a la postre, en aparentar creer algo en que nunca ha creído⁵⁵.

Consecuentemente, Calisto no desaprovecha la ocasión de evidenciar la inoperancia de las medidas terapéuticas emprendidas por su criado cuando vuelve a insistir sobre su malentendida firmeza: «Mientras más me dizes y más inconvenientes me pones, más la quiero. No sé qué se es» (228). Lo que era, en mi opinión, viene expresado en la antigüedad clásica por los testimonios de médicos y poetas, con Galeno a la cabeza. Canta éste —por boca de Eurípides— esta declaración al acorde de una metáfora: «Venus no cede, aunque se la amoneste; por más que se intente contrariarla, mucho más trata ella de extender sus redes: el amor denostado aprieta con más fuerza». Su eco poético reverbera, por ejemplo, en las palabras de Píndaro, quien, al referirse a los amores prohibidos por las leyes divinas o humanas —en el trágico caso de la leyenda de Ixión y Hera—, expone que los hombres los buscan aún más y enloquecen también por lo que no pueden conseguir. Pero es sobre todo el mismo Estagirita —ignorado convenientemente por el criado y por otros muchos más empinados que él en su sabiduría— quien nos enseña que «aquel que vive siguiendo sus pasiones no oír ni entenderá los razonamientos de quien

⁵⁵ Muy bien lo expresa Shipley cuando dice de Sempronio: «Hoping to secure his own interests by serving his master's, the servant applies *verbal analgesics* to the lover's wound before rushing to fetch the doctor». Y no menos bien lo condensa cuando señala: «Our maximum Authorities, it seems, have no more authority than the rest of us when it comes to sex» («Authority», pp. 95 y 97, respectivamente). El lector que quiera creer en la eficacia curativa de Celestina en su visita (clínica) a Melibea en el Auto X, notará que —pese a todo lo que se ha dicho y escrito— nuestra vieja intentará utilizar un solo recurso terapéutico, el que articula el poder de *su* propia palabra [v. Douglas J. Gifford: «Magical Patter: The Place of Verbal Fascination in *La Celestina*», *Mediaeval and Renaissance Studies on Spain and Portugal in Honour of P.E. Russell*, ed. F.W. Hodcroft et al. (Oxford: The Society for the Study of Mediaeval Languages and Literature, 1981), pp. 30-37, esp. 31-32, 35; Edward E. Friedman: «Rhetoric at Work: Celestina, Melibea, and the Persuasive Arts», *Fernando de Rojas and Celestina*, pp. 359-70; últimamente, Mercedes Alcalá Galán: «Voluntad de poder en *La Celestina*», *Actas del XII Congreso Internacional de Hispanistas (Birmingham, 1995)*. *Medieval y Lingüística*, ed. Aengus M. Ward (Birmingham: U of Birmingham, Dept. of Hispanic Studies, 1998), I, pp. 59-67.

intenta disuadirle, puesto que el miedo y la concupiscencia le hacen inmune a la enseñanza moral. Y si es así, es de todo punto imposible hacerle cambiar de idea razonando»⁵⁶.

Por eso el anónimo, en voz de Sempronio y mediando la actitud de Calisto, enuncia la irracionalidad de éste, raíz del mal que le aqueja a él y a —palabras de Rojas— «la más gente vuelta y mezclada en vicios de amor» que «a sus amigas llaman y dicen ser su dios» (205). Al hacerlo, transmuta la dimensión médica de este tramo de su obra —en su calidad de *consilium sanitatis*— en *consilium moralis*, integrándola en un enclave más amplio pero muy afín y de alcance netamente socio-moral: es el propuesto por el *regimen principum* en su doble vertiente, pública y privada, y ya considerablemente democratizado en su tiempo⁵⁷. De ahí el fuerte tufio *didáctico* que despide este pasaje del Auto primero, caldera donde se está cociendo —a fuego lento— la esencia primigenia, geminal, del conocimiento mismo y de su adquisición. Ésta es la idea que transcriben, en mi opinión, las despectivas palabras de Sempronio, que de forma transitoria y fugaz podrían considerarse capaces de zafarse del tono festivo inicial del torneo que sostiene con Calisto: «No es éste juyzio para moços, según veo, que no se saben a razón someter, no se saben administrar. Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fue discípulo» (228). Es, pues, una cuestión de maestros y discípulos y donde la razón marca las reglas del juego de una *ars*. Pero no de cualquiera de las *artes* del *trivium* o el *quadrivium*, sino una variante de la *ars vivendi*, la más liberal de todas, la *ars amandi*; su perfecto conocimiento sólo puede detentarlo el maestro a través de la única vía cognoscitiva posible en esta disciplina —que ningún texto posee—, la experiencia. Es, por tanto, la vida la verdadera maestra que, en el sentir de Sempronio, enseña al hombre a utilizar la razón como norma de conducta que ha de defenderle de las artimañas de la mujer. Sólo en este sentido, es decir, desenmascarándolas y mostrándolas cual son en su congénita maldad, son éstas ma-

⁵⁶ Váyase, para Galeno, al libro V, cap. iii del *De placitis Hippocratis et Platonis* (ed. De Lacy), 305-13. Por si fuera poco, en el capítulo anterior (299.23-24), Galeno sostiene que para poder curar el alma es fundamental reconocer cuál es el momento propicio para que intervenga el médico, cosa que no tiene en cuenta Sempronio; para Píndaro, *Odas píticas*, II, antístrofa ii; para Aristóteles, *Ethica nicomachea*, 10.9.1179b.26-29 (mía es la traducción del texto). No deje de observarse la importante diferencia que, en el *Lilio de medicina*, puede darse en el paciente en cuanto a la obediencia. En descargo de Bernard, perro viejo y experimentado en estas cosas de la medicina y del amor cortés —recuérdese su procedencia—, cabe admitir que dirige su terapia a los obedientes e ignora olímpicamente a los que no lo son, por las razones expuestas por Aristóteles, de quien se muestra cuidadoso lector [váyase, para este importante médico, a Luke E. Demaitre: *Doctor Bernard of Gordon: Professor and Practitioner* (Toronto: Pontifical Institute of Mediaeval Studies, Studies and Texts 51, 1980), y en especial en p. 168 para su inquebrantable adhesión a la moralidad cristiana convencional].

⁵⁷ Un caso semejante de esta especie de integración tiene lugar en *Regement of Princes* (c.1412), del inglés Thomas Hoccleve. El mendigo con el que se encuentra el melancólico poeta —víctima también del amor— utiliza el mismo procedimiento que el criado de Calisto en su intento de apaciguar su dolor [v. Penelope B. R. Doob: *Nebuchadnezzar's Children: Conventions of Madness in Middle English Literature* (New Haven, Conn.: Yale UP, 1974), p. 262].

estras del hombre, sin que por ello pierdan el estigma que las marca de ser, por añadidura, culpables de su engaño y seducción. De ellas, por lo que toca a Sempronio y explicitado por sus propias palabras a Calisto, puede con plena certeza decir el criado:

¡O qué plaga! ¡O qué enojo! ¡O qué fastío es conferir con ellas más [que] aquel breve tiempo que son aparejadas [a] deleyte!» [...] Ponte, pues, en la medida de honrra; piensa ser más digno de lo que te reputas; que cierto peor extremo es dexarse hombre caer de su merecimiento que ponerse en más alto lugar que deve (228)⁵⁸.

En síntesis, los dictados de la viril *cupiditas* crean su propio código moral, una especie de *Ethica ovidiana* en virtud de la cual el hombre busca y anhela obtener la *delectatio* como fin fisio-sicológico excelso e insoslayable. Esto es, en definitiva, lo que condiciona y da sentido a todo tipo de relación entre hombre y mujer, quienes —así nos lo declara el profesor de Montpellier— «con furia e inpetu se mueven a conplir el coytu»⁵⁹. Por esta razón, Sempronio se apresta a infundir en el ánimo de su señor uno de los elementos básicos sobre los que descansa esta actitud, puesto que en él se confabulan felizmente todos los valiosos atributos que madre Natura ha prodigado en sus favorecidos,

conviene a saber: fermosura, gracia, grandeza de miembros, fuerza, ligereza. Y allende de esto, Fortuna medianamente partió contigo —halaga el siervo a su señor— lo suyo en tal cantidad que los bienes que tienes de dentro, con los de fuera resplandecen. Porque —y aquí Sempronio arrima el ascua a su sardina— sin los bienes de fuera, de los cuales la Fortuna es señora, a ninguno acaece en esta vida ser bienaventurado. Y más, a constelación de todos eres amado (229).

⁵⁸ Nuestro Sempronio tampoco se commiserá de los males y aflicciones que asaltan a su amo, como hace —nos dice Aristóteles— el verdadero amigo, que se duele de ellos más que de los propios (*Rhetorica*, 2.4.1380b-1381a). En otro orden de cosas, Solomon disiente —y creo que con razón— de Shipley, quien piensa que «there is considerable pleasure to be got from the 'pure', impractical exercise of language» («Authority», p. 96). Afirma el primero lo que sigue: «However enjoyable these interchanges are to the reader, there is more at stake for Sempronio and Calisto than the mere pleasure of rhetorical gymnastics. The outcome of the debate will determine the course of events to follow. Implied in Sempronio's therapy is that Calisto will be distracted sufficiently to lose interest in Melibea» («Calisto's Ailment», p. 48).

⁵⁹ *Lilio de medicina*, fol. 58rb. En cuanto al alto grado de *delectatio* asignado al acto sexual, Arnau de Vilanova apostilla: «Hic autem amor furiosus, cum particulare rei exemplo lucidius pateat inter virum et mulierem, videtur imperio subiugato rationis incendi, propter singularem coytus delectationem» (*De parte operativa*, en *Opera omnia* (Lugduni: Franciscum Fradin, 1509, fol. 249v). Ésta es la concepción que priva en *La Celestina* y en todos los personajes que participan en este ritual; por eso concuerdo plenamente con Fraker cuando concluye: «The fact is that coitus in *Celestina* is the most wholesome thing in the world; at least the first of Calisto's encounters with Melibea is by any standards a very good thing» («The Four Humours», p. 146).

A continuación, Calisto («¡En sus trece está este necio!» [231]) logra desplegar —a contrapelo de las hirientes réplicas y jocosos apartes de su criado— su propio tríptico, tan opuesto al cincelado por su criado, ya que, a sus ojos, encierra la perfección de Melibea⁶⁰. El criado permanece inalterado y, en su calidad de improvisado galeno transmutado en sentencioso moralista, espeta a su amo su definitiva *conclusio* («Puesto que sea todo eso verdad, por ser tú hombre eres más digno»), remachando la consiguiente *dubitatio* de su adversario («¿En qué?») con palabra del *Malleus sophistarum* por excelencia y saldando, de una vez por todas, la *quaestio disputata*: «En que ella es imperfecta, por el qual defeto desea y apetece a ti y a otro menor que tú. ¿No has leydo el Filósofo do dize: «Assí como la materia apetece a la forma, así la muger al varón?»» (232)⁶¹. Estas palabras de Sempronio producen el efecto contrario del esperado, provocando un brusco cambio humoral en su paciente. En efecto, ve, decepcionado, que su acción dialéctica no ha causado en Calisto el efecto apetecido; es más, en lugar de ocasionar una corriente simpática que catapulte a su amo —en alas de la euforia— a los dominios de la alegría, su rimbombante estrategia terapéutica sume a aquél en otro momento de sombría depresión. Lo cual no impide que, pese a todo, el desconsolado joven no exprese, a la zaga del dolor provocado por el deseo insatisfecho, su ardiente deseo de unión sexual con la dama de sus pensamientos («¡O triste, y cuándo veré yo eso entre mí y Melibea!» [232])⁶².

⁶⁰ El cariz de onanismo —*via orale*— que ofrece el pictórico tríptico que de Melibea presenta Calisto ha sido últimamente señalado por Solomon: «By detailing Melibea's physical attributes Calisto attempts to nullify the distracting effects of Sempronio's diatribe against women by exciting himself with erotic descriptions» («Calisto's Ailment», p. 52). Para la visión poética del objeto amado transmitido por Calisto, aportó ideas geminales Otis H. Green en su artículo «On Rojas' Description of Melibea», *Hispanic Review*, XIV (1946), pp. 254-56, enriquecidas por una larga lista de continuadores cuya mención aquí no procede.

⁶¹ Falaz manipulación del Estagirita: «Materia appetit formas rerum, ut femina virum, turpe honestum» (*Physica*, I.9. 192a.21-22). Desde Aristóteles («mulier est animal imperfectum»), pasando por *Il Corbaccio* («la femmina è animale imperfetto, passionata da mille passioni...») hasta el *De amoris remedio* de Piccolomini («mulier est animal imperfectum varium, fallax, multis moribus passionibus subjectum...»), es *topos* repetido hasta la saciedad en la literatura doctrinal de la segunda mitad del siglo XV. Ver, en general, a Prudence Allen: *The Concept of Woman. The Aristotelian Revolution, 750 B.C.-A.D. 1250* (Montreal: Eden Press, 1985), especialmente, pp. 413-68; y un trabajo más reciente: *Sexual knowledge, sexual science: the history of attitudes to sexuality*, ed. Roy Porter & Mikulas Teich (Cambridge: Cambridge UP, 1994).

⁶² Así también lo ha visto Solomon: «Calisto, however, has no desire to forget Melibea; on the contrary he associates the end of his suffering with that moment when he acquires Melibea's love» («Calisto's Ailment», p. 48). En otras palabras, el consejo de Sempronio no había acercado a su paciente ni un ápice a aquella saciedad recomendada por Ovidio —con cualquier mujer— en su *Remedia amoris*: «Hortor et ut pariter binas habeatis amicas; / Fortior est, plures si quis habere potest. / Secta biparlitio cum mens discurrit utroque, / Alterius uires subtrahit alter amor» (vv. 441-44). Ni tampoco podía resignarse Calisto con el, para él, poco convincente consejo de Averroes, quien pensaba que debía evitarse a toda costa el coito para conservar la salud [*Averrois cordubensis Colliget libri VII* (Venetiis: Iuntas, 1563), fol. 77v].

Llegamos ahora al punto álgido en que, de forma un tanto oblicua, Sempronio reconoce la inutilidad de su esfuerzo terapéutico, que no ha logrado ni incluso paliar el agudo estado de desazón psicológica en que parece estar inmerso su señor. La intrínseca torpeza que atenaza su improvisada praxis no le desvía de su verdadero objetivo —sacar partido de la situación— ni le invita a menoscabar su adquirida superioridad de maestro, fruto de la incondicional y escandalosa rendición protagonizada por su señor. En esta tesitura se ponen de manifiesto dos realidades subyacentes bajo lo acaecido hasta el momento: por una parte, se evidencia que el padecimiento que sufre Calisto no es el tan traído y llevado *amor hereos*, verdugo del amante cortés; por otra, todas sus señales apuntan a una causa patógena muy sencilla, su agudizada lujuria. Una lujuria que, en el sentir de Sempronio —recuperado ya de su pasajera *alienatio*—, hace que Calisto vea la realidad «[c]on ojos de alinde, con que lo poco parece mucho y lo pequeño grande» (233), desvirtuándola en ese proceso y haciendo de su vida, en consecuencia, un *engaño a los ojos*⁶³.

Por ello, finalizado ya el ridículo debate con su criado, el pírrico triunfo que su orgullo pudiera atribuirle no producirá en Calisto ningún beneficio, puesto que en nada ha cambiado la situación. Su propio sufrimiento, testigo indeleble del deseo insatisfecho, pregonaba lo irreversible de aquella derrota. Una derrota que es también —en otro plano de la ficción literaria— la propinada a Andreas Capellanus, quien tiene que hacer mutis por el foro —en bochornosa retirada y con el libro tercero bajo el brazo— para permitir la entrada en escena de otra *dramatis persona* que lo ha de suplantar. Sempronio, cuyos ojos nunca pierden de vista el primordial objetivo que preside su conducta ante Calisto, es consciente de que tiene que cambiar de táctica, y se dispone ahora a insuflar un ligero soplo de esperanza en su desesperado paciente: «Y porque no te desesperes, yo quiero tomar esta empresa de cumplir tu deseo» (233). Esta empresa presupone para él renunciar a la artificiosa posición que tan precariamente ha detentado hasta aquí y asumir otra que se conforma con mayor justeza a su verdadero estado y condición. Se opera, frente a esa especie de reflujos en la marea pasional del señor, una transmutación funcional en el criado, quien pretende devenir en este mismo instante el adecuado intermediario —esta vez sólo como sirviente— para llegar al objetivo apetecido por su amo. Es ahora cuando su *modus loquendi* genera un brusco cambio humoral en Calisto, quien —por

⁶³ No se olvide que el mismo Platón establece una estrecha conexión del amor-pasión con el complejo fenómeno de la visión, de suerte que lo compara en el *Phaedrus* con una afección ocular, la *ophthalmia* [*Platonos hapanta ta sozomena: Platonis opera quae extant omnia* (Ginebra: Henricus Stephanus, 1578), XXII, 255C]. Por su parte Virgilio, en las *Bucólicas*, advierte lo siguiente: «me tamen urit amor; quis enim modus adsit amori? / ah, Corydon, Corydon, quae te dementia cepit?» (Égloga II. 68-69). Para una orientación complementaria de lo que aquí tan escuetamente se ha dicho sobre esta cuestión, véase al Estudio Preliminar de la edición de Julio Rodríguez Puértolas (pp. 32-34), y Elena Gascón Vera: «Visión y razón: elementos trágicos en *La Celestina*», *Estudios en homenaje a Enrique Ruiz-Fornells*, ed. J. Fernández Jiménez et al. (Erie, Pa: ALDEEU, 1990), pp. 246-254.

primera vez en esta escena— manifiesta un fagonazo de incontenible alegría ante la inesperada posibilidad de ver cumplidos sus deseos. Por muy poco plausible que se le aparezca la esperanzadora palabra de Sempronio, Calisto —en movimiento reflejo de torpeza no exenta de ironía («¡Qué glorioso me es oírte, aunque no espero que lo has de hazer!»)— se aferra a esta remota posibilidad y, ante la insistencia de éxito que explicita su criado («Antes lo haré cierto»), se apresura a prometerle un concreto beneficio: «Dios te consuele. El jubón de brocado que ayer vestí, Sempronio, vístelo tú» (233). Así, la incitante mención de un concreto galardón —tan distinto del que aspira a recibir Calisto de Melíbea— trae consigo un juicio de valor, en el que se potencia la alentadora, aunque remota, promesa de curación y se desdeña, a cambio, la deficiente praxis oficiada por el falso curador hasta el momento. Incurren amo y criado en error por partida doble al atentar —el uno y el otro— contra la norma que dicta la etiqueta médica que regula la relación curador-paciente en su conducta. Y me explico. La dominación que debe ejercer el médico sobre su paciente viene justificada, profesional y éticamente, desde la atalaya que ofrece a ambos esta panorámica bipersonal: la que percibe su relación en idéntica manera en que se articula la feudal y estableciendo los derechos y deberes de ambos. De esta suerte, la función *señorial* a que se obliga el médico se centrará en conseguir la gratificación (la salud) del enfermo; la de éste, en cambio, reside en dejarse gratificar con docilidad. En el término hipocrático *χάριτης* queda condensado el talante benévolo, generoso y gratuito a que obliga el ejercicio de la medicina al médico genuino en su praxis y que no le es permitido olvidar. Como contrapartida, el paciente debe obediencia a su médico, entregándose con alegría a la voluntad de aquél, aceptándole como *medicus graciosus*. Éste, a su vez, movido por su compasivo *ethos*, utilizará el adecuado tratamiento que haga viable al enfermo recobrar la salud perdida. Mediante la vía carismática, apuntalada por el vigor de este concepto, el curador deviene paternal consejero y se arroga para sí —por añadidura— la función de guía espiritual de su paciente⁶⁴.

Por eso, la actuación de Sempronio mancilla impunemente esta imagen del médico hipocrático, destruyendo de raíz los venerados fundamentos sobre los que se asienta su profesional concepto de *ethos*, tan caro a la medicina hipo-

⁶⁴ Por tanto, no pasen desapercibidas las escandalosas recomendaciones que Sempronio presentará más tarde a su señor —invirtiendo descaradamente su sentido y dirección— respecto a cómo debe comportarse ante Celestina: «Yo te la traeré hasta acá. Por eso aparéjate; seyle *gracioso*, seyle *franco*; estudia, mientras vó yo, de le dezir tu pena tan bien como ella te dará *el remedio*» (p. 234). Para el concepto de *medicus graciosus*, v. W. Riese: «Les gracieusetés à l'égard des malades; commentaire de Galien sur *Epidémies*, VI, section 4, division 7», *Revue philosophique de la France et de l'étranger*, 150 (1960), pp. 145-62; «La pensée morale de Galien», *idem* 153 (1963), pp. 331-46. Mucho más extensamente, en Karl Deichgräber: *Medicus graciosus: Untersuchungen zu einem griechischen Arztbild mit dem Anhang Testamentum Hippocratis und Rhazes' De indulgentia medici* (Wiesbaden: Akademie der Wissenschaften und die Literatur, Franz Steiner, 1970); Pedro Laín Entralgo, *La relación médico-enfermo* (Madrid: Alianza Universidad, 1983), especialmente pp. 137-63.

crítica. Cegado por su sed de efímera recompensa (el jubón), piensa que ésta ha de verse aumentada a tenor de la holgada norma que propone su propia codicia, espoleada por las favorables circunstancias creadas por la insensatez de su señor: «Prospérete Dios —le replica— por éste y por muchos más que me darás». Y en un esclarecedor aparte, añade socarronamente: «De la burla yo me llevo lo mejor. Con todo, si destos agujijones me da, traérgela he hasta la cama. ¡Buendo ando! Házelo esto que me dio mi amo; que sin merced, imposible es obrasse bien ninguna cosa» (233). Y después de todo, es la misma impostura de Calisto —el deseo de ver a Melibea en su nada talámico lecho— lo que condiciona su conducta: la docilidad que muestra hacia su nada gracioso médico le ha aherrrojado en la más abyecta de las sumisiones de que es capaz un señor ante un criado. Reacio a asumir su autonomía moral y paralizado para tomar sus propias decisiones, Calisto abandona su suerte a la que pueda depararle su servidor («¿Cómo has pensado de hacer esta piedad?» [233]). La continuada capitulación de su persona proyecta a Calisto a un último absurdo: hace recaer la responsabilidad de su posible curación en los escabrosos manejos de una *vetula*. En efecto, Sempronio, abandonando a estas alturas de la situación su primera y grotesca intención, cambia el rumbo de su estrategia —su mismo sentido de *necessitas* y *utilitas* así se lo imponen— y se presenta ahora como faraute anunciador de un *artifex factivus sanitatis* que supondrá la introducción de otro paradigma terapéutico. He aquí las credenciales anunciadas por el criado y que anticipan la intervención de su protagonista y oficiante:

Yo te lo diré. Días ha grandes que conozco, en fin de esta vezindad, una vieja barbuda que se dize Celestina, hechizera astuta, sagaz en quantas maldades ay. Entiendo que passan de cinco mill virgos los que se han hecho y deshecho por su *auctoridad* en esta cibdad. A las duras piedras promoverá y provocará a luxuria si quiere (234)⁶⁵.

El *regimen sanitatis* que ha de proponer se distanciará, tanto en la praxis como en los resultados, del desplegado hasta ahora por Sempronio, transido de adulteración. El criado, consciente de su propio fracaso, se alza ahora —cual mesiánico anunciador y arrabalero juanbautista— como intermediario entre su amo y el verdadero *artifex factivus sanitatis*, Celestina.

* * *

⁶⁵ La entrada en escena de Celestina es, pues, resultado de la dinámica que pone en marcha un *mundus inversus*. Este momento captura el irónico desenlace de todo un proceso dialéctico en que queda dilucidada no sólo la cuestión del principio de autoridad, sino también el de la esencia de la *sapientia*. Para el primer aspecto, remito a George A. Shipley en su ya mencionado artículo «Authority and Experience», del que entresaco estas líneas que resumen la actuación de Sempronio como iluso curador y la futura eficacia la vieja: «Celestina is widely esteemed as a masterful practitioner of arts that, while they lack the prestige and sublime legitimacy of the *auctores*, never lose currency, efficacy, or authority» (p. 97). Del segundo, con la alcahueta como *axis mundi* en esta función terapéutica, me ocuparé en el próximo futuro.

El corrupto *modus operandi* de Sempronio, con su desvirtualizadora utilización de máximas y sentencias sapienciales y consiguiente fracaso, invita, a mi juicio, a traer a un primer plano de la atención del lector la puesta en marcha de un sutil proceso en que se saca a juicio el convencional valor asignado a la medicina y al curador. En efecto, la conducta del criado evoca la actitud general y prevalente en la época que certifica la falta de confianza en la capacidad factual de alcanzar la salud a través de una técnica (la representada por el paradigma académico) o ciertas prácticas (la *medicina animae*), de reducida extensión la primera y extendidísimas las segundas. En contraposición a este panorama, el correlato extratextual atestiguaba la existencia de multitud de desaprensivos curadores de toda calaña que cometían toda clase de desaguisados, amparados por la todavía amplia impunidad legal existente en aquellos momentos. A ello habría que sumar que, muy tempranamente entre los tratadistas médicos, fue motivo de continuo debate si dejar el estudio de las pasiones anímicas a los filósofos y juristas o a los médicos. Va a ser Taddeo Alderotti quien, a finales del siglo XIII, pospondrá la cuestión tomando la conciliatoria vía del compromiso:

Ad hanc questionem dico quod considerati accidentium anime est duplex. Vna quidem est ad conseruandum sanitatem anime *ne labatur in vitia*, et talis consideratio ad solum philosophum vel legistam spectat. Est et alia consideratio eorum ad conseruandum corpus ne facile cadat in egritudinem, et talis consideratio spectat ad medicum conseruantem et hec deffinitio ponitur a Galeno, primo de regimine sanitatis⁶⁶.

El precario equilibrio se romperá posteriormente y pese a que todavía durante el siglo XV se disputa la cuestión con un cierto vigor —con los médicos en plena desbandada— ésta se ha de dilucidar unilateralmente: la curación de este achaque, enfermedad del alma al fin, debía dejarse —recabando la ayuda de Dios— en manos de teólogos, filósofos morales y confesores. El *accidens animi*, por tanto, quedaba marcado con el marchamo de *vicio*, haciendo entrar a la *aegritudo amoris* como mercancía de curso cotidiano y usual en el comunitario mercadeo, en el que, a toda hora —en el confesionario y en el prostíbulo

⁶⁶ Para la cita del florentino, que interpreta desviadamente el comentario de Ali 'Abbás al-Magusi al *Tegni* de Galeno, Paul-Gunnar Ottosson: *Scholastic Medicine and Philosophy. A Study of Commentaries on Galen's Tegni (ca. 1300-1450)* (Nápoli: Bibliopolis, 1984), p. 260, n.40. Esta actitud hay que enclavarla dentro de una atmósfera de desconfianza hacia la medicina académica que venía alimentada desde hacía siglos por algunos autores y en circunstancias muy dispares [ver William Eamon & Gundolf Keil: «*Plebs amat empirica: Nicholas of Poland and His Critique of the Mediaeval Medical Establishment*», *Sudhoffs Archiv*, 71.2 (1987), pp. 180-96, y Michael R. McVaugh: «The Nature and Limits of Medical Certitude at Early Fourteenth-Century Montpellier», *Osiris*, 6 (1990), pp. 62-84]. Muestra de esta corriente es la obra de Alfonso Chirino en Castilla, *Espejo de medicina*. Ejemplos de este escepticismo anticientífico vienen expuestos en dos de mis artículos: «La medicina y el físico en la *Dança general de la Muerte*», *Hispanic Review*, 63.1 (Winter 1997), pp. 1-25; «El poder terapéutico de la parodia en el *Cancionero de Baena*: cuartanario está el Condestable», *Revista de Poética Medieval* 2 [1998], pp. 9-48.

público y privado—, especulaba la moralidad. El hecho de que, como acertadamente se ha dado por bueno, los moralistas y (algunos) filósofos naturales abrazaran una concepción de esta pasión distinta de la adoptada por los médicos, traería consecuencias cruciales en la terapéutica médica de esta enfermedad. En cuanto a la teológico-moral, sus remedios expurgatorios se confeccionaban en la rebotica clerical, que ofrecía sus antidotos —*reprobatio amoris*— al vuelo de la pluma que redacta tratados (el *Breviloquio* del Tostado sería uno de ellos) y/o de la palabra, extemporánea y acusadora, salida de la cátedra sagrada. Esa contaminación de la razón —el *ligamentum rationis* de los escolásticos a que alude Cátedra— termina para los médicos en la locura; para los moralistas aquel proceso —afección cerebral provocada por un desequilibrio humoral, después de todo— finalizaba, pasara o no por la triaca del confesionario, en la condenación y, en última instancia, el infierno⁶⁷.

Tal escenario —y me apresuro a adelantarlo— no despejaba del panorama vital de las gentes, eruditas o no, la posibilidad de curación, obra que, en definitiva, muchos achacaban a la casualidad y, por consiguiente, siempre al alcance de la mano. La laxitud de costumbres y el submundo que generaba, ante y después de todo, propiciaban e infundían valor credencial a la falacia que se oculta tras la actuación de Sempronio. Consistía ésta no tanto en creer factible la curación mediando «arte y aparejo» —las armas con que arremete la medicina académica contra el enemigo común, la enfermedad— sino en pensar con firmeza que *cualquiera* que no poseyera la formación adecuada —la cotizada *sapientia* del escolar o la solicitada *experientia* de que se ve adornada la *vetula*— podía hacerlo. Al erigirse como improvisado curador de su amo, Sempronio instrumenta todo un proceso judicial —paródico, naturalmente— en el que el primitivo autor ahora y Rojas más adelante, *dei ex machina*, ponen en el banquillo de los acusados a la misma *scientia medica*. La sentencia final e inapelable es la condena inmisericorde de un paradigma terapéutico cuyo crimen es el de su inherente incapacidad de hacer frente a las necesidades del paciente. Se trataba, simplemente, de un ejemplo más de subversión de ciertos valores establecidos, tan habitual en el quehacer estético —e ideológico— del anónimo y del jurista de Puebla de Montalbán, quedando confirmada de nuevo la ley de contraste bipolar que regula la relación teoría-práctica en su obra. Así lo corrobora de nuevo un hecho —que se da aquí y a lo largo de toda la obra— inexcusable: la ausencia total del médico letrado, que brilla meridiano en cuanto que este profesional viene a ser suplantado, con varia fortuna, por dos personajes procedentes de un submundo social parasitario, el ajeno a su cometido

⁶⁷ Ver, para algunos de estos peculiares aspectos que ofrecía la sexualidad del momento, el iluminador paisaje histórico que presenta Ricardo Córdoba de la Calle en «Las relaciones extraconyugales en la sociedad castellana bajo-medieval», *Anuario de Estudios Medievales*, 16 (Barcelona, 1986), pp. 571-618, y Angus MacKay, en un número especial de *Bulletin of Hispanic Studies*, «Courtly Love and Lust in Loja», *The Age of the Catholic Monarchs, 1474-1516. Literary Studies in Memory of Keith Whinnom* (Liverpool: Liverpool UP, 1989), pp. 83-94.

(Sempronio) o, peor aún, el intruso, oficiante de una modalidad ilícita y repudiable (Celestina).

En resumidas cuentas, si Rojas y el primer autor no absorben aquella tradición crítica de desconfianza hacia cualquier forma de curar que se daba en Castilla —expresada también en su literatura—, la actitud que adoptan hacia la medicina es incuestionablemente muy similar. Parece acaso la de ambos eco de la que muestra Francisco de Villalobos cuando se lamenta de la trivialización que sufre el arte médico en su tiempo y que puede afectar a su propia obra, escrita en romance y salida a la luz de la Salamanca de 1498. Las observaciones que hace al respecto, en su introducción, delatan su comprensible cautela sobre el destino que ha de correr su escrito en mano de sus lectores:

[D]e sólo este prouecho se podrían muchos y no pequeños inconuenientes conseguir, porque, vista la sciencia en romance, no solamente la vsarían los que con justa razón y título pudiessen, estando bien introduzidos y principados en ella, mas avn otros muchos cobrarían osadía de la vsurpar y tiranizar, pensando que no era necessario para praticar el arte y poderse aprouechar della más [que] de ver aquellos libros que contienen todas las enfermedades y las curas dellas por estilo asaz claro y manifiesto⁶⁸.

Esta depreciación intelectual de la profesión curadora no es nada nueva. Si no arranca —situémosnos convencionalmente en la Roma antigua— sí queda evidenciada en el bien conocido desprecio que por ella sentía Plinio el Viejo, que también parece compartida por un amplio segmento de la sociedad castellana de finales del siglo xv. El autor latino, en su actitud despectiva, consideraba a los médicos, especialmente a los griegos, culpables de cometer envenenamientos, conspiraciones, adulterios, poseídos de la avaricia, dados a la polifarmacia, afectos a la *pilorum euiratio* y reos de sinnúmero de deleznable prácticas. Tras responsabilizar a la *medica scientia* de corruptora de costumbres, recomendaba un prudente alejamiento de los escritos filosóficos y médicos de los griegos. No contentándose con lo dicho, argüía que Catón el Censor era un auténtico oráculo al sostener la conveniencia de leer someramente su literatura, sin estudiarla a fondo: «Ita est profecto: lues morum, nec aliunde maior quam e medicina, uatem prorsus cottidie facit Catonem et oraculum: satis esse ingenia Graecorum inspicere, non perdiscere»⁶⁹.

⁶⁸ *Sumario*, p. 22. Que Villalobos tenga *in mente* en esta coyuntura a los médicos, no supone que lo dicho por él no pueda aplicarse a cualquier persona ajena por completo a la medicina, como es el grotesco caso de Sempronio y que ahora nos ocupa. En gran medida, el criado de Calisto está parodiando al profesional indocto e incompetente, y a imitación de uno de ellos, ante su cliente lanza una sarta de tecnicismos que no pretenden más que ocultar su crasa ignorancia.

⁶⁹ Así lo expresa previamente en otra instancia el insigne romano: «Nulla praeterea lex puniat inscitiam capitalem, nullum exemplum uindictae. Discunt periculis nostris et experimenta per mortes agunt, medicoque tantum hominem occidisse impunita summa est. Quin immo transit conuicium et intemperantia culpatur, ultroque qui periere arguuntur» [*Pline l'Ancien. Histoire Naturelle*, ed.

Sempronio, confirmando los peores temores de Villalobos, en su osadía sigue miméticamente a los que habían hecho una profesión de la usurpación de una *scientia* que lucha desesperada por alcanzar un sólido prestigio social. Y la tiraniza cuando —intérprete falaz de Catón— pretende hacerlo sin tomarse la molestia de comprobar «aquellos libros que contienen todas las enfermedades y las curas della» y escritos por aquellos innominados «sabios» a que alude en su monólogo. El cual, obligadamente, nos remite a un submundo paródico, bien conocido de la comedia clásica y del que Sempronio, en su peculiar y festiva *docta ignorantia*, es ejemplo redivivo⁷⁰. En resumidas cuentas, suplanta nuestro personaje —o más bien, desea suplantar— la figura del curador que se dispone a ejecutar un cometido ajeno a sus habilidades pensando más en una recompensa que en las consecuencias que han de acarrear sus acciones, ignorante del fracaso que, tarde o temprano, pasará insoslayable factura. Así pues, en ese instante de la obra, la hora de la *vetula* había sonado.

McGill University (Montreal)

A. Ernout (Paris: Société d'édition «Les Belles Lettres», 1962), XXIX, viii, 18, p. 26]; para la cita del texto, 28. Para su deuda con Catón —que escribe a su hijo Marco: «interdixi tibi de medicis»— váyase a A.E. Astin, *Cato the Censor* (Oxford: Clarendon Press, 1978), pp. 169-73 y 334-37.

⁷⁰ Ver, a estos efectos, Aldo Spallici, *La medicina in Plauto* (Milano: Scalcerle, 1938), y el artículo de Luis Gil e Ignacio Rodríguez Alfageme: «La figura del médico en la comedia ática», *Cuadernos de Filología Clásica*, 3 (1972), pp. 35-91.